

VIDA LEONESA

Revista Semanal Ilustrada



DOÑA BEATRIZ por Demetrio Montserrat

AÑO II

18 DE MAYO DE 1924

N.º 53

Homenaje a Enrique Gil y Carrasco

PRECIO EXTRAORDINARIO: UNA PESETA

Canseco, Tolosana y Gutiérrez

Constructores de Obras

LEÓN

Materiales para ferrocarriles, minas y obras

Via armada, carriles, vagonetas, placas, rodámenes y herramientas de todas clases, locomotoras, tractores, excavadoras, hormigoneras, etc.

- Guillermo Bernstein -

JUAN ATORRASAGASTI, representante Instituto, 24, 1.º - LEÓN

Es para el público una garantía hacer sus compras en la

Casa Camilo de Blas
León

que además de ser la más antigua de la provincia es especial en confitería, comestibles finos, café tostados y primeras marcas en vinos y licores

FABRICA DE CHOCOLATES

IMPRESA MODERNA

Impresos de todas clases para oficinas
reclamos y espectáculos. Trabajos artís-
ticos en Tipografía. Librería, Papelería y
Objetos de Escritorio

Despacho: CARDILES, 5. Teléfono, núm. 290

Talleres: CERVANTES, 5. Teléfono, núm. 165

Vda. e Hijos de Matías D. Canseco

Elaboración y exportación de vinos

(Marca registrada)

Bodegas en

VALDEVIMBRE.

BENAZOLVE.

ARDÓN y

Depósito en LEON: Carretera de Zamora

CALZADOS

"KARTY,"

MODELOS EXCLUSIVOS

Froilán Puente y C.^a, S. en C.

SUCURSALES

Platerías, 6 y 8

Ordoño II, 16

ALMACENES AL POR MAYOR

Sierra Pambley, 2

Teléfonos, 103 y 214

La lámpara "TITAN"

es la MEJOR de las conocidas por su luz brillante,
su duración y poco consumo

DE VENTA EN LEÓN: N. FERNÁNDEZ Y P. ALONSO
ORDOÑO II - 14

R. DE EGUREN, INGENIERO. - Apartado 122. - BILBAO



CEMENTO PORTLAND

"EXTRA TUDELA-VEGUÍN,"

REPRESENTANTE PARA LEÓN Y PALENCIA:

Segundo Costillas

MATERIALES DE CONSTRUCCIÓN

Avenida Padre Isla, letra D.—LEÓN

Dr. Martínez Gallo

MÉDICO - ODONTÓLOGO

Consulta de 10 a 1 y de 3 a

Varillas, 3 y 5

Grandes Almacenes de Vinos

Aguardientes y Licores

de :

Francisco Miguel Alonso

Avenida del P. Isla, 6

Teléfono, 225

LEÓN

Luis de Paz

Grandes Almacenes de
Vinos y Aguardientes

Avenida P. Isla, 12 y 17

— Teléfono, 158 —

L E O N

ACADEMIA DE MAZAS

La más antigua de España

Valverde 22. - (Toda la casa). - MADRID

CURSOS BREVES DE ENTRENAMIENTO

(Marzo, Abril y Mayo)

PARA INGENIEROS Y ARQUITECTOS

Deseario esta antigua Academia ahorrar dinero a las familias y tiempo a los alumnos, abre estos «Cursos breves de entrenamiento», a fin de que al comenzar el año académico, los preparandos sepan estudiar, y un solo curso baste a la mayoría de los muchachos estudiantes.

Externos, 70 pesetas. Internos, 300 plas. mensuales, enseñanza, pensión completa y ropa.

Pídanse reglamentos al Director-Propietario
D. MARIANO DE MAZAS

Erundino Nava

JOYERO

Cardiles, 20

LEON

Sarmacia del Dr. Peña

Fundada el año 1807

La más antigua de León, y conocida en toda la provincia.

Completo surtido tanto de medicamentos como de especialidades nacionales y extranjeras.

Cardiles, 3

LEON

- Federico Muñoz -

ULTRAMARINOS

Aceites de la Sierra, Jabones, Pimientos, Azúcares, Cafés, Arroz y demás géneros concernientes al ramo

Especialidad en pimiento

- para embutidos -

Plazuela de las Carnicerías 1. Teléfono, 222

LEON

H. Carnicero

: DE :

Bonifacio Rodríguez

Alfonso XIII, núm. 10

- LEON -

Cayetano García

Ferretería, Quincalla y

- Cristales planos -

Fernando Merino, 18

LEON

ANTIGUOS ALMACENES

"El Cielo,, - Andrés Edo

Ventas exclusivamente

- al por mayor -

Quincalla, Mercería, Paquetería,

Confecciones, Perfumería, Bisu-

tería, Punfillas, Borda-

- dos y otros artículos -

Conde de Luna, 7 LEON

(Esta casa no tiene Sucursales)

Dr. Valcárcel Álvarez

OCULISTA

De las clínicas del Instituto Oftálmico Nacional de Madrid, Alemania,

Suiza y Francia

Consulta de 10 a 12 y de 3 a 5

Avenida P. Isla (Diagonal) Hotel

Lisardo Martínez

ALMACEN DE DROGAS

AL POR MAYOR Y MENOR



Fernando Merino, 17

LEON

TALLER MECANICO

- DE -

Cuervo y Suárez

Reparación de Automóviles, Motocicletas
- y toda clase de motores de explosión -
Instalaciones de bombas, Montajes de
balastradas y toda clase de cerrajería
artística

Carretera de Asturias, 2 LEON

Viuda de Antonio López Robles

- LEON -

Superfosfatos de Cal y primeras
materias para abonos

Agencia de la Compañía Trasatlántica
de Barcelona

Avenida del Padre Isla, letra C

Cementos Portland EL CANGREJO

Representante para León y su provincia

Materiales para Construcción, Water-Closets

Yesos, Azulejos nacionales y extranjeros

Baños, Lavabos, etc., Cocinas eco-

nómicas, Placa URALITA para

tejados

— Santiago Rodríguez Clouzet —

Avenida P. Isla, 27 LEON

Tinto claro espumante

- Bodegas -

Fernández Blamazares

Comercial Industrial Pallarés S. A.

Plaza Mayor, 4 y 5 - P. D. Gutiérrez, 1

Fernando Merino, 8 - Apartado, núm. 24

LEON

- ALMACENES -

de ferretería, herramientas, batería,

loza y cristal - Artículos para obras e

- instalaciones de saneamiento -

CONTRATISTAS: CONSULTAR PRECIOS

Especialidad en Chocolates y
Torrefacción de Cafés

Juan G. Fernández Pachón

Fernández Cadórniga, 2

LEON

Teléfono, núm. 89

Casa fundada en 1700

BAR AZUL

Todos los días sesiones de cine

6 de la tarde a 11 de la noche

Punto de reunión aristocrático

Calle de Ordoño II

- LEON -

Academia "Taibo,,

Centro de enseñanza modelo legalmente cons-
tituido - Profesorado titular
competente-especializado :

DIRECTOR

D. Fernando Taibo Portela

Licenciado en Derecho, Profesor Mercantil,

Premio de Excelencia del Liceo

- de Bayonne (Francia) -

San Isidro, núm. 4.-LEON



Revista semanal ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En León, 1'50 pta. mensual.

Fuera de la capital, 5'00 trim. r.

TARIFA DE ANUNCIOS

Una plana	60 pesetas mensuales
1/2	35
1/3	25
1/4	20
1/5	12

Aparece todos los domingos -- Número suelto, 35 cts.

FARMACIA-DROGUERIA

DE

(Cervantes, 5) Pedro Martín Escudero (LEON)

La que cuenta con un surtido más completo en las tres amplias secciones que abarca

FARMACIA

Importación directa en gran escala de medicamentos puros de las mejores procedencias.

DROGUERIA

Pinturas en sus diversas formas. *Pincelería fina*. Lienzo preparado y tela para tapiz, *Acuarela y Oleo*; tubos sueltos y cajas de 5 a 80 pesetas.

PERFUMERIA

NACIONAL Y EXTRANJERA

Artículos de aseo e higiene.

ORTOPEDIA. - Bragueros diversos, piernas, brazos artificiales y toda clase de aparatos para corregir los defectos del cuerpo humano.

CIRUGIA. - Para señores médicos y veterinarios.

José Botas Campo

CORREDOR DE COMERCIO COLEGIADO

- Intervención en toda clase de operaciones de Banca y Bolsa -
Compra-venta de valores nacionales y extranjeros - Cobro de
- cupones - Administración de fincas -

DESPACHO: FERNANDO MERINO, 6, 2.º

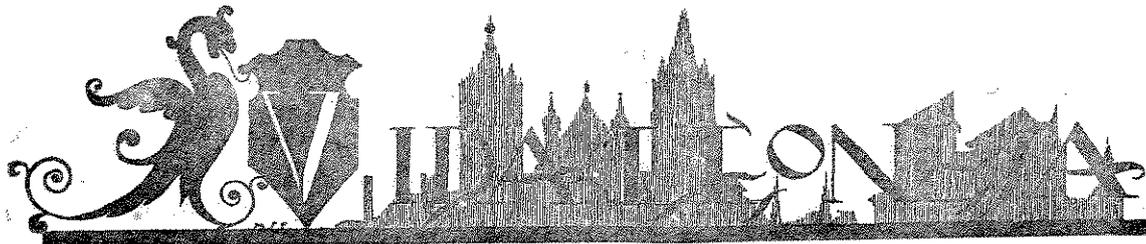
LEON

Banco España
Cuentas corrientes
Herrero

Corresponsales en las Bolsas de
Madrid y París

SUMARIO

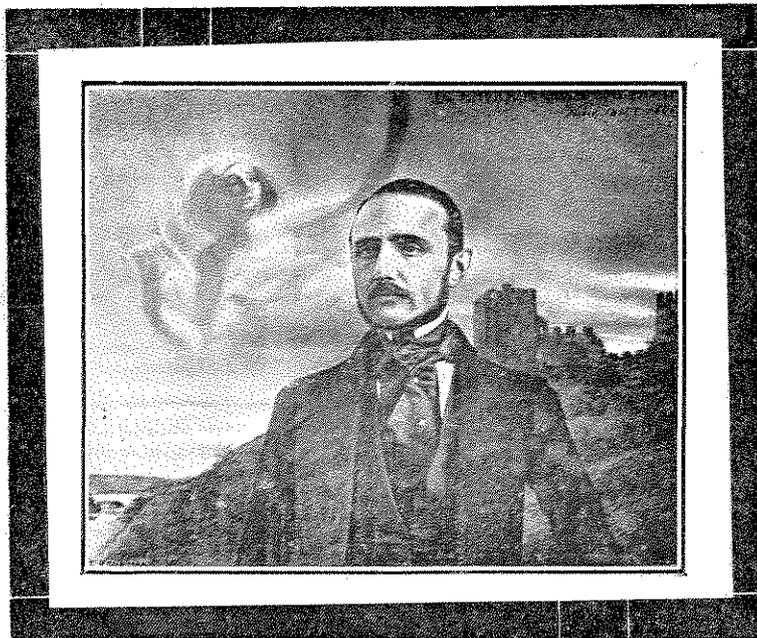
- MONTESERÍN (Demetrio) - Doña Beatriz (portada).
GONZÁLEZ NIETO (Arturo) - Retrato de Enrique Gil y Carrasco
GARZA (Mateo) - Elegía.
MACÍAS (Marcelo) - Biografía del poeta.
ROA DE LA VEGA (Francisco) - La fuerza y el amor. (Dibujos de S. Eguigaray)
LÓPEZ NÚÑEZ (Alvaro) - En memoria de Enrique Gil.
LÓPEZ NÚÑEZ (Severo) - Enrique Gil Carrasco.
ALVEAR (Juan de) - La casa de Enrique Gil y Carrasco (Dibujo de M. Sanz).
RISCO MACÍAS (Sebastián) - Personario (tríplico).
BLANCO FERNÁNDEZ (Benito) - Gil y Carrasco, poeta.
PINA (Rafael de) - Enrique Gil, crítico.
SUÁREZ URIARTE (Publio) - El señor de Bembibre.
MARTÍN-GRANIZO (León) - Enrique Gil y Carrasco, viajero.
NISTAL (Alfredo) - Un doncel romántico.
BLANCO (Fernando) - El gran leonés.
GARCÍA LUENGO (Honorato) - Monasterio de Carracedo.
UREÑA (Alfonso de) - Castillo de Ponferrada.
ARAGÓN ESCACENA (José) - Castillo de Cornatel.
PINTO MAESTRO (José) - El periodismo de Gil Carrasco.
GÓMEZ BARTHE (César) - Gil y Carrasco en Babia.
GOY (José María) - El primer paisajista español.
LUENGO (José María) - Carracedo.
CANSECO (Miguel) - ¡Seamos románticos!
BRAVO GUARIDA (Miguel) - Enrique Gil, artista.
CONEJO RAMOS (Luis) - Algo que puede hacerse.
PRADO LUENGO - Carta abierta a tres intelectuales emigrados.
MARTÍNEZ BUTELER (Elias) - «El señor de Bembibre» en
MELO (Carlos) - América.



ÓRGANO DE LA SOCIEDAD CULTURAL Y DEPORTIVA

Director: Julián Sanz Martínez
Pl y Margall E 7.

Administrador: Elías Zalbidea
Cervantes, 9



D. ENRIQUE GIL Y CARRASCO

(Notable fotografía, única que existe del poeta, obtenida de un daguerreotipo por el artista leonés Sr. González Nieto)

ANTE UN RETRATO DE ENRIQUE GIL CARRASCO

Imagen fiel del que cantó potente
 «la gota de rocío»,
 enciende en mí su inspiración ardiente,
 si há de ser digno de él, el canto mío.
 Deja que aspire en esa frente inmensa
 de tan brillante historia
 la luz que vierte entre la niebla densa
 el sacro fuego de su excelsa gloria.
 Era joven aún... y ya el destino,
 sobre su sien laureada,
 al cruzar por el mundo, peregrino,
 dejó la huella del dolor marcada.
 Y hojas fueron del árbol desprendidas
 sus ilusiones bellas,
 que, al caer en otoño, estremecidas,
 iban las flores de su amor con ellas.
 Por eso hermoso cisne en sus cantares
 cantó también su muerte:
 que son tumba del alma los pesares,
 y los cantares, lágrimas que vierte.
 Llanto fué aquel acento dolorido
 que en su penar profundo
 elevó, triste pájaro perdido,
 al autor inmortal del «Diablo-Mundo».
 Aguila real que remonto su vuelo
 a las etéreas salas,
 para caer sobre remoto suelo
 deshecho el tul de sus lucientes alas.
 Porque, al surcar el «lago» de la vida,
 inquieto y borrascoso,
 fué a buscar su dolor tumba perdida
 entre la bruma del *Sprée* impetuoso...
 ¿Qué se hicieron los plácidos amores
 a la que, hermosa y pura,
 era la flor de las brillantes flores
 del cantor de Polonia sin ventura?
 ¿Quien, al pasar de la enramada umbría
 las solitarias calles,
 dulces las trovas que cantar solía
 llevará hasta la «Virgen de los Valles»?...
 ¡Ay, nadie val La férvida mirada

del trovador amante
 no fiene para tí. Reina olvidada,
 la hermosa luz que te alumbró un instante.
 ¡Ahogó su voz en la garganta fría
 el hielo de la muerte,
 cuando con flores de su amor teja
 la guirnalda inmortal que iba a ofrecerte!
 Hoy sólo un eco entre las frondas zumba,
 último adiós que lanza
 del mismo fondo de lejana tumba
 el que formó tu gloria y tu esperanza.
 Del pájaro infeliz de blanca pluma
 no escucharás el lloro,
 del Sil batiendo la rizada espuma
 que va a estrellarse en sus arenas de oro.
 ¡En vano busco en esta frente helada
 el nácar de su frente!...
 Es la flor de los campos agosiada
 al fiero soplo del estío ardiente;
 la sombra nada más de la lumbrera
 que daba envidia al día...
 ¡Y has querido morir sin que te viera
 el sol brillante de la patria mía!...
 ¡Sin ver de nuevo la ribera hermosa
 donde cantaste amores
 en dulces versos y elegante prosa,
 del alma, Enrique, tus primeras flores!...
 ¡Oh, sí, tu imagen, que yo riego en llanto,
 me dice la partida,
 y el eco triste que murmura en tanto,
 entre el follaje, una ilusión perdida!
 Si al templo santo de la egregia gloria
 llega un acento humano,
 un suspiro que arranca tu memoria
 de un enlutado corazón hermano,
 ante tu imagen respetable juro
 por la existencia mía
 que es el acento del amor más puro
 el que mi alma hasta tu gloria envía.

Mateo GARZA (1)

(1) D. Mateo Garza y García, nació en Ponferrada en 1822 y murió en 1882. Estudió la carrera de Farmacia en Madrid, y fué hombre de gran cultura, especialmente en estudios literarios y un indiscutible temperamento artístico, forjado al calor del fuego romántico. Fácilmente se fija su filiación poética citando los nombres de Espronceda, López García y el mismo Gil Carrasco. Dejó escritas numerosas composiciones líricas y descriptivas, todas muy estimables y algunas de elevado mérito, y varias obras teatrales, como «Lágrimas de una flor», «Estrella», «Historia de una cadena» y «El señor de Bemibre», adaptación de la novela de Enrique Gil. La composición inédita que publicamos no hubiera este mismo desdefiado firmarla.

B I O G R A F I A D E L P O E T A

Enrique Gil y Carrasco nació en Villafranca del Bierzo, el 15 de Julio de 1815.

El padre de nuestro poeta era natural de Peñaleazar, provincia de Soria, de linaje, no solo honrado, como por modestia, dice su hijo don Eugenio, sino también hidalgo, de clara y rancia hidalguía, con la cual no guardaban relación por aquel entonces los bienes de fortuna.

Si Villafranca tiene la gloria de haber sido su cuna, Ponferrada puede gloriarse, a su vez, de que en su recinto haya crecido, a la sombra de aquel grandioso castillo, cuya contemplación hizo brotar en su alma el pensamiento de su famosa novela, y ante cuyas veneradas ruínas sintió la romántica melancolía y el silencioso recogimiento en que están inspirados sus versos. Allí, en Ponferrada, estudió Latín con los PP. Agustinos (1824-1829) cursó luego Filosofía en el monasterio de Espinareda, de monjes benedictinos (1829-1830) y en el Seminario Conciliar de Astorga (1830-1831) y terminados estos estudios, emprendió en Valladolid la carrera de leyes, que se vió obligado a interrumpir por la cesantía de su padre, y que terminó en Madrid por los años de 1839.

La fecha del 17 de Diciembre de 1837, puede decirse que forma época en su vida. En *El Español* de aquel día dió a luz su poesía *La gota del rocío*, que atrajo sobre él la atención y le granjeó la amistad de los poetas y literatos jóvenes que, como él, luchaban en la Corte por abrirse camino y conquistar un puesto en la república de las letras, siendo de los primeros Espronceda, Miguel de los Santos Alvarez y Ros de Olano, con quienes redactó más adelante (1841) el periódico de literatura *«El Pensamiento»*, que aquellos fundaron y que tuvo vida efímera. Pero no fueron estos sus primeros trabajos en prosa. Antes apareció su firma en *«El Correo Nacional»* (1838) y en el *«Semanario Pintoresco Español»* (1839) y después en *«El Sol»*, de Ríos Rosas, donde tuvo por compañero a Pastor Díaz, y en *«El Laberinto»*, de Ferrer del Río (1843 y 1844), sin mencionar otros periódicos, como *El Liceo*, *La Legalidad*, *El Iris*, en todos los cuales publicó artículos de crítica literaria, de costumbres y de viajes, revelándose como admirable pintor de tipos, escenas y paisajes.

Como poeta, no tardó en conquistar un puesto entre los principales representantes de la escuela romántica, publicando composiciones tan inspiradas como *La Violeta*; la titulada *A Polonia*, leída en el parnasillo el *«Liceo»*; la consagrada *A la memoria del Conde de Campo Alange*, que dedicó a su fraternal amigo Espronceda, diciendo: *«No es mi canto un eco de dolor, sino una trova de libertad, de esperanza, como los himnos del griego Tirteo»*, la fiernísima elegía que leyó ante su cadáver el 24 de Mayo de 1842, en la Sacramental de la Puerta de Atocha.

Dos años despues salió de las prensas su novela *El Señor de Bemibre*, obra maestra, que a juicio de Fitzmaurice Kelly, *«por su fuerza y su originalidad, puede considerarse como la mejor novela histórica que se ha publicado en España durante el siglo décimo nono»*.

Al finalizar el verano de 1839, volvió al Bierzo cuando ya su buen padre había muerto, y en el triste hogar de Ponferrada, su madre, sus tres hermanas y su hermano menor Eugenio vivían en grande estrechez y desconsuelo; en el Bierzo estuvo y por el Bierzo viajó en el otoño de 1840 y en Agosto de 1842. Dejó consignadas las impresiones de estos viajes en los artículos: *«Los montañeses de León»*, *«Los Asturianos»*, *«Los Pasiegos»*, y en el trabajo por todo extremo interesante que intituló *«Bosquejos de un viaje a una provincia del interior»*.

Si a las mencionadas pinturas de carácter se agregan otras: *«El Segador»*, que sale de Galicia, siguiendo el camino francés o de los peregrinos, atraviesa el Bierzo. *«El Pastor trashumante»*, complemento de *«Los Montañeses de León»*; *«El Maragato y «Los Maragatos»*, se echará de ver desde luego, que la obra literaria de Enrique Gil tiene carácter regional, y se relaciona de más cerca o de más lejos con el Bierzo.

De aquí que el señor Menéndez y Pelayo le clasifique y le signe un puesto muy principal entre los poetas de la escuela del Norte de España, de la cual dentro del romanticismo, *«es sin disputa el más genuino representante; su musa es la melancolía; la violeta, el emblema de su vida y de su destino»*.

Tan activa y fecunda labor literaria abarca un periodo de seis años, de 1838 a 1844

del veintitrés al veintinueve de su edad. En él, un modesto destino de oficial auxiliar de la Biblioteca Nacional le ayudó a resolver el problema económico de la vida. De pronto, cambia de rumbo su actividad. Tal sucedió el 23 de Febrero de 1844 en que González Bravo le nombra comisionado con carácter extraordinario, para recorrer los Estados del antiguo Cuerpo Germánico, y entra en la carrera diplomática con categoría de secretario de Legación; y con sueldo de cuarenta mil reales.

Recogidas sus credenciales, marchó a Valencia, de allí fué a Barcelona, donde embarcó en el navío francés *El Fenicio* para Marsella, y por Lyon se encaminó a París; recorrió después Bélgica y Holanda y el 24 de Septiembre llegó a Berlín.

Entre las cartas de recomendación de que iba provisto, llevaba una de Martínez de la Rosa, Embajador de España en París, para el barón de Humboldt, quien le presentó al Ministro de Negocios extranjeros, barón de Bülow, al príncipe Carlos y a su esposa, la princesa María, y al príncipe heredero de Prusia y en su deseo de darle a conocer y favorecerle, puso en manos del rey Federico Guillermo un ejemplar de la novela *«El Señor de Bernibire»*, editada por Mellado (Madrid, 1844) estando ya su autor en Berlín y fué tal el interés que en él despertó su lectura, que mandó pedir un mapa del Bierzo, para ir siguiendo sobre él, paso a paso, la descripción de los lugares en que se desarrolla el argumento.

El príncipe Carlos le sentó a su mesa; la princesa, su esposa, le tomó por maestro de lengua castellana, y el rey, no solo hizo grandes elogios de su novela, y orde-

nó al barón de Humboldt que los trasmitiese a su autor, sino que le mostró su real aprecio, concediéndole la medalla de oro que llevaba grabado su retrato, condecoración de la más alta estima en el reino.

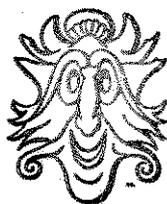
A principios del verano en 1845, una tos violenta, acompañada de esputos de sangre, le obligó a guardar cama durante todo el mes Julio, y en los primeros días de Agosto, por prescripción del Doctor Welzel médico de los príncipes, que le asistía, fué en busca de la salud a las aguas de Reinerz, en las montañas de Silesia; pero no tardó en regresar en peor estado a Berlín, desde donde pidió permiso para trasladarse a Niza, con la esperanza de reponerse, huyendo del duro clima alemán. Fuéle concedido por cuatro meses y con sueldo entero; pero ya era tarde. Aquella vida, tan preciosa para las letras y tan necesaria para los suyos, tocaba a su término.

En el cementerio católico de Berlín se alzaba un sencillo monumento, con esta inscripción: *«A don Enrique Gil y Carrasco, fallecido en 22 de Febrero de 1846, su amigo José de Urbistondo»*.

La biografía del malogrado poeta tiene un trisísimo epílogo. Para pagar las deudas que hubo de contraer durante su enfermedad, se sacaron a subasta sus libros, sus ropas y sus muebles, y así y todo quedó un pasivo de 883 francos, que pagó el Ministerio de Estado.

Tal fué Enrique Gil; tan corta y tan lamentable su muerte.

Marcelo MACIAS





L A F U E R Z A Y E L A M O R

La mejor guía espiritual de que podemos acompañarnos para visitar los encantados rincones del vergel berciano es el recuerdo de las obras de Gil Carrasco, el notable escritor que enamorado de la tierra nativa, supo trasladar a sus novelas con toda la mágica belleza que atesoran los paisajes por él tan queridos y por nosotros tan admirados.

Después de una lectura de esas obras, busquemos el escenario en que se movieron algunos de los personajes de ellas, evoquemos sus hechos, compenetrémonos de los sentires que animaron su vida y, volviendo la nuestra con la ilusión a los tiempos pretéritos, dejemos que se anegue nuestro espíritu en la añoranza de las épocas hazañosas, propicias a las grandes empresas, engendradoras de las nobles locuras que ha recogido la leyenda para sublimar con poético encanto las arideces de la historia.

Y unas veces en el acogedor rinconcito de un valle pintoresco, otras bajo el copu-

do todo de los castaños centenarios, en ocasiones junto a la cristalina corriente de un río caudaloso y poético nos saldrán al paso las imborrables figuras que creara la mente prodigiosa del poeta, embelesando con su resurgimiento las horas gratas de nuestro peregrinar por ese encantado país, en el que el alma no puede permanecer insensible ni la imaginación ociosa.

Al contemplar bajo el palio del cielo, iluminado por la luna en una noche blanca, uno de esos viejos castillos que albergaron a los bizarros caballeros del Temple, surgirá la evocación del héroe esforzado de bruñida armadura y recia lanza vencedora en cien combates. Su gallardía y apostura nos dirán como hubo de prender a su paso los corazones de las bellas alcornicadas mujeres. Y la fuerza y el amor, este domando las rudezas de aquella, nos hablarán de las sublimes fuentes de inspiración en que abrevaron con ansias creadoras los ingentos fecundos como este Gil Carrasco tan admirable.

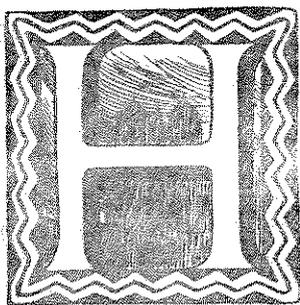
Don Alvaro y doña Beatriz, hijos de su preclaro entendimiento, representantes de las dos fuentes de inspiración que dieron al mundo las creaciones inmortales, llevad al homenaje la ofrenda única que puedo hacer; el reconocimiento de la deuda de gratitud contraída con quien supo despertar la emoción de mi alma con las sugerencias de sus obras bellas, inolvidables.

F. ROA DE LA VEGA

Dibujos de S. Eguilagaray Senzatega



EN MEMORIA DE ENRIQUE GIL



ace bien nuestra tierra leonesa en honrarla memoria de Enrique Gil, tan olvidado no sólo en León sino en toda España; y olvidado injustamente, porque sus méritos literarios son de primera calidad, y tales que con ellos habría materia suficiente para la celebridad de varios autores.

Enrique Gil fué poeta, novelista, escritor de viajes y de costumbres, crítico literario... y en todas estas especialidades descolló entre sus contemporáneos como los nobles cedros sobre las humildes yerbecillas. Su fama principal, sin embargo, estriba en sus narraciones novelescas, y especialmente en la titulada *El Señor de Bemibre*, que no tiene par entre las que produjo el movimiento romántico de mediados del siglo XIX y eso que de entonces son *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, obra del infortunado Figaro, y *Doña Blanca de Navarra*, del insigne Navarro Villoslada, que luego con su *Amaya* habría de adquirir universal renombre. Modelo de novela histórica o historia anovelada, según la terminología de Menéndez y Pelayo, es ésta de Enrique Gil, donde se recogen los últimos días de la famosa Orden del Temple en España y se relatan bellamente sus vicisitudes a través de una acción sentimental del más elevado idealismo. Pensamiento, plan, composición, estilo... todo es admirable en *El Señor de Bemibre*, que, aun hoy día, cuando los gustos son tan distintos de aquellos que dominaban en tiempos del autor, se lee con singular deleite.

Como poeta granjeó también Enrique Gil merecida fama, especialmente por la nobleza de su inspiración, la dulzura de sus sentimientos y la resignada melancolía que, como un delicado perfume, impregna todas sus composiciones, y no fué pequeño mérito de este poeta hacerse aplaudir de los mismos a quienes sugestionaba el estro arrebatador de Espronceda.

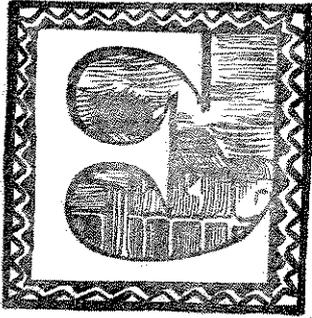
Escribió también Enrique Gil muchos artículos de viaje; y en tan difícil género literario mereció puesto de preferencia entre los mejores. Su sensibilidad exquisita, sin duda acrecida por la terrible dolencia

que le acabó en lo más florido de su juventud; su grande y sólida cultura, su experiencia de cosas, personas y lugares, granjeada en su carrera diplomática, partes fueron para hacer de él un singular narrador de esto que hoy se llaman impresiones de viajes, de tanto gusto y provecho para el lector. Tenía, especialmente, Enrique Gil, el sentimiento del paisaje, y bien lo acreditó en sus obras de imaginación inseriendo en ellas trozos descriptivos de la naturaleza, que serán siempre modelo de esta clase de literatura. En *El Señor de Bemibre* abundan estos paisajes, trazados con una sobriedad que les da más intensa emoción: con cuatro pinceladas y unos pocos colores, compone Enrique Gil cuadros de insuperable hermosura.

Se ha pensado levantar en esta tierra una estatua que recuerde a todos el nombre de Enrique Gil y Carrasco. Bien nos parece. Pero antes que la estatua o al mismo tiempo que ella, convendría hacer una edición popular, que hoy escasean más de lo que a su mérito corresponde. La edición de *las Poesías* hecha por el insigne crítico D. Gumersindo Laverde en 1875, es hoy una rareza bibliográfica. Tampoco se encuentran con facilidad los dos espléndidos volúmenes que contienen las *Obras en prosa*, coleccionadas en 1893 por D. Joaquín del Pino y D. Fernando de la Vera e Isla, con un excelente prólogo de este último y una biografía del autor compuesta por su hermano D. Eugenio. Contiene esta obra también la maravillosa *Epístola a Pedro* de Eulogio Florentino Sanz, que no se puede leer sin emoción profunda. Otras ediciones circunstanciales que en Astorga (1900) y en Madrid (1915), se han hecho de *El Señor de Bemibre* están ya agotadas.

Tampoco ha circuitado mucho por España la edición que de la misma novela se hizo en Buenos Aires en 1910, gracias al celo patriótico de los leoneses residentes en la República Argentina. Nuestro pueblo, pues, no puede conocer las obras de Enrique Gil. Ningún homenaje superior a este de reimprimirlas ahora. La memoria de los escritores se conserva mejor en sus obras que no en mármoles y bronzes: contra estas obras nada podrá el paso demolidor del tiempo ni la injusticia, el olvido y la ingratitud de los hombres.

Alvaro LÓPEZ NÚÑEZ



El gran mérito de Enrique Gil Carrasco, no solo está en sus obras literarias inmortales, que al fin, cuando la posterioridad hace justicia al autor, y lo ensalza y lo glorifica, para los que creemos en el *más allá*, aunque el premio llegue tarde, hay algo que nos hace ver al gran hombre, al escritor original, entre nubes de alegres colores, rebosante y divino, satisfecho de la compensación postuma que su Patria le dedica.

Ese mérito, recibe así el justo homenaje de la inmortalidad. Pero hay otro mérito en la historia de nuestro agregio novelista y poeta, que no dejó huella, ni puede perpetuarse en mármoles, ni traducirse en vibrantes elogios escritos; es el que se condensa en los inmensos sacrificios, en las amargas zozobras, en la azorosa peregrinación llena de dificultades que valientemente, con arrogancia de león, arrojó Enrique Gil Carrasco, hasta lograr abrirse paso franco en el áspero sendero de la vida.

Solo, modesto, *sin padrinos*, sin otro patrimonio que su inteligencia, sin más arma que su hermosa pluma, asombró a sus contemporáneos, y ahora, después de un siglo de olvido, es orgullo de esta tierra que tanto amó, a la que no olvidaba en épocas tristes ni en tiempos felices. ¡Los que así, por su propio esfuerzo, llegaran a vencer, no es extraño que vivan pocos años! Para ellos el mundo es cosa despreciable. Ven en lontananza, en los soñadores éxtasis del entendimiento, cernirse su alma entre las deliciosas auroras de lo inmaterial. Sienten el soplo arroba-

dor del genio que los envuelve y acaricia. Toman la vida como algo secundario y trabajan sin tasa, despreciando la vil materia, elevando su espíritu a las serenas regiones del infinito.

En toda la historia de Enrique Gil Carrasco, aparecen esas virtudes, que dan hoy carácter heroico al insigne berciano.

Sus libros, sus versos, son destellos de un corazón generoso, en el que no anidaba ninguna idea mezquina: Son, unas veces, cánticos a la belleza de la pura flor, cual el que dedicó a la violeta, en el que presiente triste y resignado, su fin cercano: Son, otras veces, entusiasta elogio al esplendor de su país natal, como resplandece en el Señor de Bembibre, donde describe con inimitables acentos la generosa condición de sus paisanos y la magnificencia de la región que habitan: Son monumento perenne que delata un temperamento vigoroso y convencido, que, sin sentirlo, va labrando su futura apoteosis.

No me cansaré de reproducir, en cuantas ocasiones se me ofrezcan, aquellas estrofas de la célebre epístola a Pedro escrita por D. Eulogio Florentino Sanz, a orillas del Sprée, después de visitar la abandonada tumba de Gil Carrasco:

*Delante de su cruz tuve mi planta.
Y soñé que en su rótulo leía:
Nunca duerme entre flores quien las canta.
Pobre césped marchito quien diría.
Que el cantor de las flores en su seno,
Durmiera tan sin flores algún día.*

Tratamos de pagar la deuda que tenemos contraída con el que tanto nos honró, y hay que remediar esa injusticia cubriendo de rosas su memoria.

Cuanto se haga será poco, para corresponder al honor que León siente, por haber nacido en su provincia Enrique Gil Carrasco.

Severo Gómez NUÑEZ
General de artillería



EL SEÑOR DE BEMBIBRE



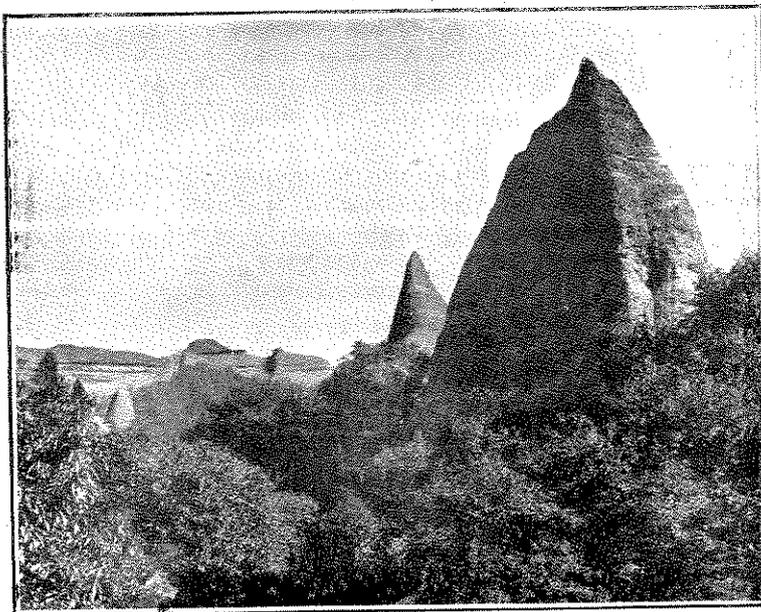
Interesante fuente que perteneció al Monasterio de Carracedo y que cita Gil Carrasco en sus artículos «Costumbres y viajes»

En 1844 apareció esta preciosa obra de Enrique Gil, que es sin duda alguna la más importante de su producción, y que quizá debe calificarse sin hipérbolo como la mejor novela romántica española. En este punto aventajó indiscutiblemente a sus correligionarios románticos. La perfección con que está concebida, planeada y escrita esta hermosa novela, la coloca sobre las de Fernández y González, y muy por encima del «Sancho Saldaña» de Espronceda y de otros ensayos de nuestros románticos, que no llegaron ciertamente en el género novelesco a la altura verdaderamente colosal que alcanzó la lírica.

Una crítica, por somera que fuese, de «El Señor de Bembibre», no cabría dentro de la breve extensión de estas cuartillas, con las que un humilde escritor leonés de hoy quiere honrarse en este acto de admiración y homenaje al dulce e inspirado vate berciano, tan prematura y desgraciadamente fallecido para las letras patrias y la historia de la literatura leonesa; por eso voy a limitarme a exponer.

Uno de los más grandes aciertos de la novela, prescindiendo del estudio del asunto, tan perfectamente encajado en la orientación romántica; de los caracteres de los personajes, idealmente humanos; de la sabia disposición de la trama novelesca, y del fiero y desgarrador desenlace; tomando ocasión de algunas fotografías de paisajes del Bierzo que van en este número, quiero no más indicar el amor con que Gil Carrasco sentía y sabía describir los paisajes sin par de su tierra.

En ninguna parte se muestra el estilo, de suyo fluído y jugoso, del



LAS MÉDULAS, famosísima explotación aurífera de los romanos, de la cual habla Gil y Carrasco en sus artículos «Costumbres y viajes»

escritor tan rico y abundante como en las numerosas, variadas y primorosas descripciones que en «El Señor de Bembibre» se suceden de los lugares más diferentes y encantadores de la comarca berciana. Ya evoca las ásperas frogosidades y elevados picos de las sierras de Cabrera, especialmente la mole dominadora de la «Aguiana», ya la lujuriente vegetación de sus praderas y sotos de castaños; unas veces nos hace ver con incomparable colorido los altos rojizos de Las Médulas, y otras nos hace sentir la pasada grandeza que hoy pregonan las ruinas de los castillos de Ponferrada y Cornatel; tan pronto nos introduce en los solitarios y silenciosos claustros de la Abadía de Carracedo, como desfila en nuestras almas gota a gota el dulcísimo néctar de la más pura poesía al pasearnos, en la tarde que muere, sobre las tranquilas aguas del lago de Carucedo, incendiadas por los reflejos del sol poniente...

No quiso en esa su obra maestra dejar en olvido ninguno de los bellos rincones del jardín berciano. El Bierzo alto, en donde D. Alvaro Yáñez tenía su señorío; el valle de Arganza, mansión de la dulce Beatriz Ossorio; los castillos de Ponferrada y Cornatel, morada y último baluarte de los Templarios; la gran planicie en que se asienta la meseta del antiguo *Bergidum*; las bellezas artísticas de los monasterios de Carracedo, Villabuena y S. Pedro de Montes; los risueños sotos de castaños y alamedas que baña el aurífero Sil o las fragas del Boeza; la suave melancolía del valle de Carucedo, donde se halla el lago de este nombre... todo va desfilando por las páginas de la novela en animada cinta cinematográfica, y el autor se complace en ir poniendo en cada uno de esos sitios

que tan bien conocía y que tanto habían hablado a su alma de poeta, la escena de los más interesantes momentos de la narración.

Las descripciones son justas, felices, exentas de fatigosa difusión, ricas en epítetos e imágenes. Con cuatro pinceladas nos pone ante toda la pompa del paisaje estival del Bierzo o ante el desmayo y desolación del invierno. ¡Y con qué supremo acierto supo elegir para las escenas del desenlace, tan conmovedoras, tan desgarradoras y tan románticas, la incomparable poesía del lago de Carucedo, el más ricamente variado, circundado de altos montes, con la fronda espesa de un bosque de castaños y con la calma plácida de las aguas del lago, que parece un espejo del cielo azul!... Ninguno más lleno de infinita melancolía.

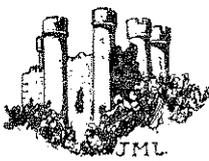
Y a través de todas sus descripciones nos transmite una suprema interpretación de algo que vale más: el alma misma del paisaje, solo asequible a los iniciados y que sólo por su mediación logramos comprender.

Solamente en sus misteriosas vibraciones podía apagar su sed de ideal el alma de aquel «poeta de verdad», a quien un ilustre crítico (1) llama «cantor simpático de la tristeza, que se agita tras ideales imposibles, y no halla en la realidad de la vida sino decepción, lágrimas y amargura»...

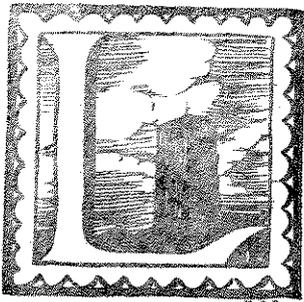
Publio SUAREZ URIARTE

Fotos González Nieto

(1) P. Blanco. - «La Literatura Española en el siglo XIX.»



G I L Y C A R R A S C O , P O E T A



er las poesías de Enrique Gil, es entregarse de lleno a la placidez de las emociones suaves y bellas aunque amargadas

siempre por la honda melancolía de la resignación del que sabe que lleva en su naturaleza enfermiza la terrible sentencia de de una muerte prematura.

La biografía del vate leonés nos releva del trabajo de hablar de sus hechos por la existencia; de aquellos días de escasez y penuria, de vida semi-bohemia, en que agotó sus energías físicas, que, por desgracia no pudo volver a recobrar. Solo nos concretaremos a decir algo de nuestro gran poeta, aunque su nombre parezca olvidado en las antologías de los líricos del siglo XIX.

Sustrayéndose, por virtud de su cultura, a las aberraciones a que dió lugar la irrupción del romanticismo en España, rompiendo moldes caducos y en abierta rebeldía con el clasicismo, casi en la misma forma que hoy han hecho muchos versificadores influenciados por Ruben Darío, Enrique Gil escribió sus composiciones ajustándose, más que a las innovadoras corrientes y a los arcaicos preceptos, a los dictados del sentimiento y de la emoción estética. Por eso decía él:

•Así que nosotros aceptamos del *clasicismo* el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época; sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del *romanticismo* aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo, empero, ha de ser por el

espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar, y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneas, y no fosfórico resplandor de luz vistosa un instante para apagarse a penas le toquen».

Así, Enrique Gil, llevado de su esquisito temperamento poético escribió composiciones sentidas, plétóricas de emoción natural y saturadas del ambiente en que nació. *La campana de la oración* es una gallarda muestra de lo que afirmamos.

¡Con qué dulce sencillez se expresa el poeta cuando dice...!

•Es más que la voz sonora
Que se escapa del torrente
Y en himno lúcido llora
El muerto sol de occidente
Y aguarda el sol de la aurora.

Es más blanda y delicada
Que la confusa armonía
Del ala fornasolada
Del espíritu del día
En los aires agitada;

Que es la voz de la campana,
Voz de alegría y tristeza,
De alegría en la mañana,
Triste en la noche cercana,
Sepulcro de la belleza.

Voz que dulce y apagada
En la oscuridad solloza,
O que rica y acerada
Corre los vientos alada
Y entre misterios se goza;

Que tal vez recuerda el alma
Despertada por su son
Horas de plácida calma,
En que, solitaria palma,
Florece el corazón.

Y es que Enrique Gil llevaba siempre en sus oídos toda la melancolía berciana, cuando al caer la tarde, las campanas de las iglesias de Villafranca y Ponferrada se despiden del día que muere y de esa misma melancolía está saturada *La niebla*.

Niebla pálida y sutil
Que en alas vas de los vientos,
No así callada y sombría
Desparezcas a lo lejos,

En pos de tí correré,
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma
De tus sombras y misterios.

En toda esta composición, además de su valor literario se aprecia una fidelidad que podemos llamar fotográfica, de esas nieblas tan comunes en Villafranca y Ponferrada y que como un fanal esmerilado parecen velarlas a los ojos cuando se levantan del Sil y del Boeza, del Burbia y el Valcarcel.

Y si como poeta de las emociones plácidas, puede comparársele con los mejores de su época, también como poeta épico fustigó a los tiranos, ensalzó la libertad, y como vidente en su oda a *Polonia* escribió esta profecía:

Mas otro porvenir guarda la suerte,
Polonia, para tí, y otros blasones;
Mira la juventud alzarse fuerte
Rica de libertad y de ilusiones,
Mírala, sí, y espero en tu agonía
Porque ella ve tus lágrimas de duelo
Y no está lejos el hermoso día
Que un sol de libertad muestre en el cielo.

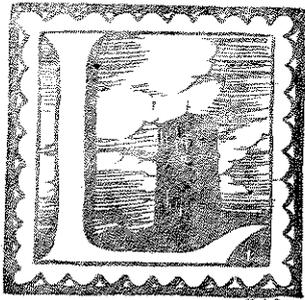
No es preciso, ni oportuno en esta ocasión, continuar espigando entre las muchas cosas bellas que avaloran las composiciones de Enrique Gil; solo con lo dicho basta para despertar la curiosidad de nuestros lectores en conocer todo cuanto escribió el eminente leonés, y obra meritoria sería el editar nuevamente sus poesías por lo poco divulgadas que están a causas de hallarse agotada la edición que de ellas se hizo y ser muy raros los ejemplares que quedan de la misma. Un deber de los pueblos para con sus ilustres hijos es perpetuar sus obras, y ya que Enrique Gil exclamaba en *La niebla*;

Pasé mi infancia muy triste,
Más pasa mi juventud;
Que entonces tu me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste
En la paz del ataúd.

León no debe consentir que las poesías de su mas preclaro poeta lleguen a desaparecer sin ser conocidas de sus paisanos.

Benito BLANCO Y FERNANDEZ





er las poesías de Enrique Gil, es entregarse de lleno a la placidez de las emociones suaves y bellas aunque amargadas

siempre por la honda melancolía de la resignación del que sabe que lleva en su naturaleza enfermiza la terrible sentencia de una muerte prematura.

La biografía del vate leonés nos releva del trabajo de hablar de sus hechos por la existencia; de aquellos días de escasez y penuria, de vida semi-bohemia, en que agotó sus energías físicas, que, por desgracia no pudo volver a recobrar. Solo nos concretaremos a decir algo de nuestro gran poeta, aunque su nombre parezca olvidado en las antologías de los líricos del siglo XIX.

Sustrayéndose, por virtud de su cultura, a las aberraciones a que dió lugar la irrupción del romanticismo en España, rompiendo moldes caducos y en abierta rebeldía con el clasicismo, casi en la misma forma que hoy han hecho muchos versificadores influenciados por Ruben Darío, Enrique Gil escribió sus composiciones ajustándose, más que a las innovadoras corrientes y a los arcaicos preceptos, a los dictados del sentimiento y de la emoción estética. Por eso decía él:

«Así que nosotros aceptamos del *clasicismo* el criterio de la lógica; no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época; sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del *romanticismo* aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo, empero, ha de ser por el

espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar, y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneas, y no fosfórico resplandor de luz vistosa un instante para apagarse a penas le toquen».

Así, Enrique Gil, llevado de su esquisito temperamento poético escribió composiciones sentidas, plétóricas de emoción natural y saturadas del ambiente en que nació. *La campana de la oración* es una gallarda muestra de lo que afirmamos.

¡Con qué dulce sencillez se expresa el poeta cuando dice...!

•Es más que la voz sonora
Que se escapa del torrente
Y en himno tímido llora
El muerto sol de occidente
Y aguarda el sol de la aurora.
Es más blanda y delicada
Que la confusa armonía
Del ala tornasolada
Del espíritu del día
En los aires agitada;
Que es la voz de la campana,
Voz de alegría y tristeza,
De alegría en la mañana,
Triste en la noche cercana,
Sepulcro de la belleza.
Voz que dulce y apagada
En la oscuridad solloza,
O que rica y acerada
Corre los vientos alada
Y entre misterios se goza;
Que tal vez recuerda el alma
Despertada por su son
Horas de plácida calma,
En que, solitaria palma,
Florecía el corazón.

Y es que Enrique Gil llevaba siempre en sus oídos toda la melancolía berciana, cuando al caer la tarde, las campanas de las iglesias de Villafranca y Ponferrada se despiden del día que muere y de esa misma melancolía está saturada *La niebla*.

Niebla pálida y sutil
Que en alas vas de los vientos,
No así callada y sombría
Desparezcas a lo lejos,

En pos de tí correré,
Sin vagar y sin sosiego,
Porque está sedienta el alma
De tus sombras y misterios.

En toda esta composición, además de su valor literario se aprecia una fidelidad que podemos llamar fotográfica, de esas nieblas tan comunes en Villafranca y Ponferrada y que como un fanal esmerilado parecen velarlas a los ojos cuando se levantan del Sil y del Boeza, del Burbia y el Valcarcel.

Y si como poeta de las emociones plácidas, puede comparársele con los mejores de su época, también como poeta épico fustigó a los tiranos, ensalzó la libertad, y como vidente en su oda a *Polonia* escribió esta profecía:

Mas otro porvenir guarda la suerte,
Polonia, para tí, y otros blasones;
Mira la juventud alzarse fuerte
Rica de libertad y de ilusiones,
Mírala, sí, y espero en tu agonía
Porque ella ve tus lágrimas de duelo
Y no está lejos el hermoso día
Que un sol de libertad muestre en el cielo.

No es preciso, ni oportuno en esta ocasión, continuar espigando entre las muchas cosas bellas que avaloran las composiciones de Enrique Gil; solo con lo dicho basta para despertar la curiosidad de nuestros lectores en conocer todo cuanto escribió el eminente leonés, y obra meritoria sería el editar nuevamente sus poesías por lo poco divulgadas que están a causas de hallarse agotada la edición que de ellas se hizo y ser muy raros los ejemplares que quedan de la misma. Un deber de los pueblos para con sus ilustres hijos es perpetuar sus obras, y ya que Enrique Gil exclamaba en *La niebla*;

Pasé mi infancia muy triste,
Más pasa mi juventud;
Que entonces tu me acogiste,
Y hoy mi ventura consiste
En la paz del ataúd.

León no debe consentir que las poesías de su mas preclaro poeta lleguen a desaparecer sin ser conocidas de sus paisanos.

Benito BLANCO Y FERNANDEZ



Todten-Bchein.

Nach Angabe des Todten-Registers der St. Hedwigskirche
in der Kirche d. Ambassade d. S. M. Katholique
demeurant presentement a Berlin et residant
a Madrid Don Enrique Gil y Carrasco

am zweitausendzwanzigsten (22^{ten}) Februar
Ein Tausend Acht Hundert sechs und vierzig (1846)
an Lungenschwindsucht 30 Jahre 7 Monate
7 Tage alt, verstorben und hinterläßt: Unbekannt

Dieses wird glaubhaft und ordnungsmäßig hierdurch bescheinigt.

Berlin, den 15^{ten} Juni 1913

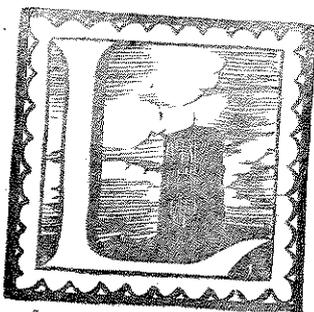
Das katholische Pfarramt von St. Hedwig



[Handwritten signature]

Copia de la partida de defunción de Enrique Gil y Carrasco acaecida en
Berlín en 22 de febrero de 1846

(Obtenida en Berlín por el Sr. Martín Granizo)



a figura interesantísima del poeta leonés ocupa un puesto de honor en la historia de la literatura nacional del siglo

pasado. No es uno de los dioses mayores de nuestro Parnaso; pero en los momentos en que deseamos entregarnos sinceramente a las emociones de una lectura grata, los libros de Gil Carrasco ejercen sobre cuantos le conocen una fuerte atracción.

Harzembusch, «Doña Mencía»; otras, sobre literatura extranjera, como al juzgar las traducciones de los dramas de Shakespeare y los cuentos de Hoffmann; otras, sobre nuestro teatro clásico, juzgando el de Tirso de Molina; otras, sobre el pensamiento español, al hablar de la significación de Luis Vives, mostró los tesoros de una extensa cultura y de un depurado gusto artístico.

Lo más interesante de la personalidad del autor de «El Señor de Bembibre» es, sin duda, la rica variedad con que su ingenio se manifiesta en su breve carrera literaria.

No era Enrique Gil uno de esos críticos que se arriesgan a todo sin la preparación suficiente. Había estudiado a fondo la literatura propia y las extrañas; tenía una escogida cultura filosófica; estaba dotado de un temperamento finísimo de artista.

Enrique Gil, poeta, novelista, costumbrista, fué también un crítico que con este solo título merecía un puesto preeminente en la historia de la literatura de su tiempo.

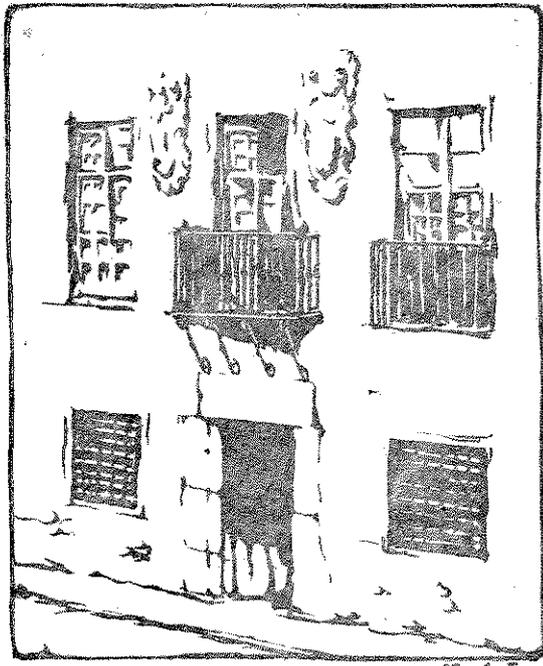
Todo ello le colocaba en situación envidiable para ejercer el «sagrado sacerdocio». Lástima grande que su muerte prematura no le permitiera dar frutos más sazonados. Apesar de ello, este aspecto de su personalidad literaria merece especial mención en un recuerdo de su magna obra total.

Hizo Gil Carrasco artículos, mejor dicho, verdaderos ensayos de crítica literaria en «El Correo Nacional», en el «Semanario Pintoresco», en el «Pensamiento» y en el «Laberinto». Unas veces escribiendo acerca de la poesía contemporánea, como en los artículos que dedicó a las poesías de Zorrilla, Espronceda y el Duque de Rivas; otras, acerca de nuestro teatro, como en el dedicado al drama de

Recordemos a Enrique Gil Carrasco. Este recuerdo dice que el culto de los valores espirituales no ha muerto y que son muchos todavía los que en medio de las duras luchas del momento por la conquista de tantas cosas materiales no se avergüenzan al recordar con emoción el nombre y la obra de un poeta ni al dedicarle un público homenaje.

Rafael de PINA

LA CASA DE ENRIQUE GIL Y CARRASCO



En la villa de Villafranca del Bierzo, plantel, tanto aquella como este, de nobles y de hidalgos, nació el 15 de Julio de 1815, Enrique Gil y Carrasco. La casa (1) en que nació el ilustre vate berciano es la señalada con el número 15 en la antigua y señorial, conocida vulgarmente por calle del Agua, cuyo verdadero nombre era Topete, y hoy calle de Ribadeo.

Ostenta en la fachada dos magníficos escudos, a ambos lados de un saliente balcón. Es pues esta casa, cuyas estancias vieron el nacimiento, y correr los primeros años de la vida, del que más tarde había de ser preclaro cantor de aquella tierra, de la que estaba enamorado, un pregón vibrante de la nobleza de la villa berciana.

A juzgar por el estado en que se halla, no debe, al menos por el exterior, haber sufrido modificación alguna desde que fué construída, hasta el punto que — según el Sr. Carvajal y Alvarez de Toledo — *con seguridad si Enrique Gil volviera al mundo, reconocería perfectamente la casa donde nació.*

En esta casa vivieron desde su matrimonio hasta que trasladaron su residencia a Ponferrada, los padres de Gil y Carrasco don Juan Gil y doña Manuela Carrasco.

Nada ha hecho hasta la fecha, el Ayuntamiento de Villafranca, por la conservación de esta casa, reliquia de la nobleza de aquella tierra, y joya venerable por ser en la que vió la luz el excelso poeta de las flores.

Hasta hace bien poco la mayor parte de los villafranquinos, ignoraban que fuese ésta la casa en que nació Enrique Gil y Carrasco, honra de aquella villa.

El Ayuntamiento de Villafranca, pues, es el que debe sumarse al homenaje a Gil y Carrasco, colocando por su cuenta una lápida en la fachada de esta casa, que conmemore el nacimiento del poeta, para que siendo conocida por todos, pueda ser de todos reverenciada.

Juan de ALVEAR

(1). Según datos proporcionados por D. Antonio Carvajal y Alvarez de Toledo.

P E R S O N A R I O

(T R Í P T I C O)

I DOÑA BEATRIZ

Cap. V

Tras de la amplia ventana de historiado granito,
en un poyo del noble aposento sentada,
fiene la faz celeste de palidez bañada,
las albas manos juntas en ademán precito.

Inmaterial paloma, viajera de infinito,
de sus ojos en éxtasis la cautiva mirada
se desprende de pronto y huye al azul, alada.
(Bajo el ala un mensaje de amor llevará escrito).

Suenan pasos. Beatriz abandona su ensueño
y escucha. La dulzura del rostro se hizo ceño.
El alentar suspende, las energías suelta.

Entra el padre, sombrío. Vérguese la hija, esbelta.
- *¿Amáis - dice el de Ossorio - de Bembibre al señor?*
- *Sí, padre mío - dice ella con el mayor candor...*

II DON ALVARO

Cap. X

El de Yáñez, hurtándose al reposo,
sale de su castillo, a la luz pura
del alba. Cornatel, al sol, fulgura.
Cantan las aves y el Boeza undoso.

(Don Alvaro es gallardo y vigoroso,
lleva espada de rica empuñadura,
espuelas de oro, la ropilla, oscura.
El continente es noble y generoso).

En Cornatel recíbele Saldaña,
que del mancebo lo que pasa inquiere.
Don Alvaro, con voz que el duelo empaña:

- *Beatriz, del claustro es celestial semilla.
Iré por ella aunque para ello hubiere
de atravesar cien lanzas de Castilla.*

III LOS CRIADOS

Cap. I

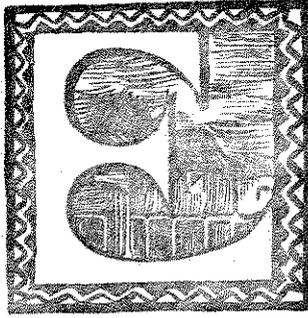
Tarde de Mayo. Marchan departiendo
Mendo, Millán y Nuño, con cachaza.
Millán fiene de pícaro la traza.
Nuño es ya viejo. Mendo va diciendo:

- *Bien hace don Alonso no cediendo
y de Lemus al conde abriendo plaza...*
- *Pero - dijo Millán meliendo baza -
¿qué te ha hecho mi amo, desabrido Mendo?*

*En esta tierra, de él nadie habla así.
- Cada uno arrima el ascua a su sardina,
y conde por señor nadie lo trueca.*

La tarde en sopor lánguido declina.
De Nuño en mano, bullé el fiel neblí,
y el sol, desde el poniente, hace una mueca.

Sebastián RISCO



s uno de los aspectos más interesantes de este escritor leonés, a quien hoy rendimos un debido tributo, el de viajero. Viajero

a quien impulsa una fuerza misteriosa, que le obliga a caminar. Viajero que pasa por la vida, con un gesto entre angustioso y doliente que le presta una gran aureola romántica.

Entre la inmensa variedad de viajeros que conocemos, se ha de hacer una sencilla clasificación: viajeros activos y viajeros reflexivos. Los primeros, por lo general, no se contentan con viajar, con ver, con cautivar por medio de la vista la renovada maravilla de todo lo creado; sino que además, como por añadidura que intenta dominar el exterior e imprimir en él su propia voluntad. Los segundos, por el contrario, se dejan penetrar por el sugestivo encanto del ambiente nuevo; lo gustan, lo asimilan y hasta en ocasiones, son ellos lo que se dejan modificar a su contacto. A los primeros pertenece el conquistador y el aventurero; a los segundos el científico y el artista.

Para nosotros, Enrique Gil debe considerarse incluído entre los últimos, puesto que sino le bastara ya su peculiar temperamento, toda la época en que vive, empapada de mórbido romanticismo, le obligaría. Pero tiene una nota característica, que nos confirma en la certeza de nuestra opinión. Esta nota propia es, que nuestro paisano, no prepara sus viajes, no los planea, ni los estudia; lo único que hace es dejarse llevar, dejarse impresionar, anotándolo todo en su diario de viajes con una exactitud cuidadosa.

Este diario de Enrique Gil Carrasco, empieza en París, el día 9 de Agosto de 1834 en el momento que subiendo a la silla de postas, sale con dirección a Lille.

Yo lo veo sentado en la berlina incómoda, con su enorme chistera, su corbata de vueltas y su gran levitón, todo tan de la época; pero bajo aquella indumentaria un poco pintoresca que nos recuerda las figuras de los viejos grabados ingleses, viajaba un gran artista, viaja un gran viajero. Porque tengo para mí, que la condición esencial de Carrasco es esa: la de viajero. Viajero que por viajar, que vibra con todo lo creado, que ama cuanto vé: cielos, mares, campos, ciudades; viajero que adivina la esencia íntima de cada cosa; viajero en fin, que a veces como apartándose de todo, replegándose en sí mismo, situándose en el vértice de un ángulo visual iluminado por su genio poderoso, se complace en contemplar el complejo y vario espectáculo del mundo, espectáculo siempre nuevo y siempre interesante.

Como si esto fuera poco, Gil Carrasco tiene quizás como ningún otro escritor el sentimiento de lo fugaz y de la pasajero que es todo lo que vive. Este sentimiento tan peculiar de todo caminante, le acompaña casi siempre, apareciendo en su diario aquí y allá, en notas disimuladas en que habla de la muerte, como esta que escribió en la histórica Coblenza: «Si la muerte me condenará a vivir o morir lejos de los míos, de lo que he visto hasta ahora, escogería este pueblo»; o bien en apuntes claros y exactos, como aquellos que escribe en Francfort, después de visitar el viejo cementerio y compararle con el Père Lachaise de París: «En los cementerios de Francia — dice — parece notarse un empeño de encubrir, por lo menos de disfrazar la muerte».

Pero al lado de estas observaciones tan personales y tan justas que de cuando en

cuando se le escapan, que agudeza, que finura, sobre todo para percibir la línea y el matiz en cualquier manifestación aún en las más frívolas y baladíes, como aquella otra que anota en el Kursaal de Wiesbaden, diciendo: «Como quiera que en pocas personas o cosas encontré materia digna de atención, sino en la rara circunstancia de que el wals es tan indígena en este país, que con él bailan hasta las polkas y los galops, sin que viera otra excepción que el rigodón o francesa como aquéllaman...» Esto es todo un tratado de psicología alemana que se podía desarrollar en varios volúmenes.

De esta forma nuestro paisano, camina mundo arriba en busca de la muerte, tomando aquí un cantar, más allá una tradición, más acá un paisaje, y acomodándolo, incrustándolo todo, sobre su gran romanticismo; sobre aquél vago sentimiento entre religioso y pagano que le infundió su tierra, la de los conventos en ruinas, la de los valles pródigos; tierra tan parecida a la que pisa ahora; tierra la que recuerda a cada instante, como cuando escribe en el trayecto de Gotinga a Hannover: «Entre otros valles he encontrado algunos que se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca, hacía Fresnedo».

Casi todo este diario, el que indudablemente conocemos muy mutilado, corre desde su comienzo con una gran serenidad y una gran transparencia, que no dejan adivinar la catástrofe que se avecina. Pero de pronto, esta claridad desaparece. El viajero va a llegar a Berlín, el Berlín de Federico Guillermo IV que se prepara a devenir la capital del futuro imperio; le espera allí el triunfo, la cima más alta de sus aspiraciones, la meta también, de su camino. Entonces escribe al llegar a Magdeburgo, con un sentimiento de nostalgia infantil, los siguientes renglones, que son los últimos que conocemos: «Esta ciudad, está a la orilla del Elba. Dos recuerdos especiales me ha traído su vista: el uno mi niñez, y el otro el de pocos años a esta parte. Es el primero el de Barón de Trenck, cuyo cautiverio y aventuras, tan ansiosamente leía en mi primera edad, bien ajeno entonces de que algún día había de visitar su teatro; y el otro, el tremendo cuadro que traza Schiller de su destrucción cuando luego su noble defensa cayó en manos del feróz Tilly durante la guerra de los 30 años».

Después añade simplemente, «Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje».

Con esta frase final, el diario que se dió a la imprenta, el que podía darse, termina de un modo inexorable con fecha 23 de Septiembre de 1845. Se sabe sí, que al siguiente día salió para Berlín; se sabe que en la Corte de Prusia fué muy bien recibido y agasajado; se sabe que tuvo amigos de la categoría e importancia del gran Humboldt, el caminante el maestro de viajeros; se sabe que a los pocos meses, quizás solo y desamparado, como nos hace sospechar su partida de defunción, murió.

Y murió justa y precisamente en Alemania, en el momento crítico en que también moría el Romanticismo. Las selvas tenebrosas, los castillos medioevales, los ríos mitológicos, todo quedaba atrás, como abandonado, como arrinconado, ante los grandes progresos de la química y la red de ferrocarriles que se extendía por toda la nación. La juventud de ahora, ya no era la juventud de las primeras corporaciones de estudiantes, aquella juventud exaltada que se estremecía con las rimas de Enrique Kleist. La juventud de ahora hablaba de aduanas y de cuestiones económicas, con preferencia a todo lo demás. Es por entonces cuando aparecen las primeras Sociedades obreras con carácter internacional. Una pesada ola de materialismo, amenazaba arrasar la nación. Gil Carrasco en el nuevo ambiente, no hubiera podido existir.

Consolemosnos por lo tanto los que en verdad le amamos, al considerar que murió joven en plena gloria, y quizás oportunamente aunque parezca irreverencia; no solo por lo que se relaciona con su estancia en Alemania, sino por lo que más le hubiera afectado, y nos hubiera afectado, que era su vuelta a España, su vuelta a Madrid. Dada la inestabilidad de las cosas políticas de entonces, es más que probable, que de haber retornado a la patria, una vez muerto González Bravo que era quien le había protegido: es más que probable digo, que le hubiera esperado por toda recompensa un destino de diez mil reales, y media docena de pequeñuelos.

De haberle ocurrido tal, a buen seguro que nuestro héroe a pesar de todo su talento, no hubiera podido pasar a la posteridad, ni como romántico, ni mucho menos como viajero.

León MARTÍN - GRANIZO

U N D O N C E L R O M Á N T I C O

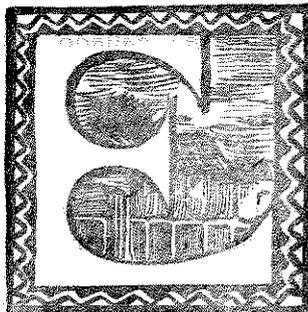
HERMANGARDA, BELISA, POLICIO, SILVESTRE, SARDONIO

The ways of Death are soothing and serene, and all the words of Death are grave and sweet; from camp and church, the fireside and the street, She beckons forth - and strife and song have been.

A summer's night descending cool and green and dark on daytime's dust and stress and heat... The ways of Death are soothing and serene, and all the words of Death are grave and sweet.

HENLEY

Silvestre



En estos atardeceres, al umbral del verano, se gozan instantes de infinita paz. Es como el acabar de una batalla. El sol se me imagina viejo galeón,

de blasonadas velas de colores, de casco esculpido y policromado, de quilla enmohecida por legendarios periplos, que viene a fenecer en un claro combate.

Policio

La última vibración del cañoneo se ha desleído en el ambiente. Humeantes aún las bocas de sus cien carronadas, desgarradas sus velas y quebrados sus mastiles, el viejo galeón se abrasa en la gloriosa hoguera de su casco, que le empavesada de honor, con la cabellera de sus oriflamas, gallardetes y grímpolas desgreñándose al viento.

Silvestre

Y en la serenidad de un mar todo sosiego, el galeón del sol se anega y se sumerge poco a poco...

Belisa

Tan solo en el silencio de las cosas,

los gritos de los vencejos celebran la victoria de la noche.

Sardonio

Y es, de cierto, un instante de paz infinita. Que sólo en lo fugaz y momentáneo reside el sabor de lo eterno.

Hermangarda

Ese instante de paz no lo es para mí. Vuestro mar de sosiego es hondo y amargo como todos los mares, y más me parece océano de melancolía, en el cual se hunde también, a par del sol, la pobre carabela de mi alma.

Sardonio

La paz, Hermangarda, aunque no tenga fin, se acaba enseguida. Este es un astro de guerra. Tras el instante de sosiego vuelve la agitación, así como detrás del sorbo de agua en el manantial vuelve para el viandante la larga penalidad del camino.

Belisa

Sí, esta es la hora de las evocaciones y de los ensueños. La hora romántica,

Policio

La hora romántica por lo fantasmagórica. El mundo vivo pierde en ella su cuerpo y su color. Las cosas apenas guardan de su existencia material más que siluetas fantasmales, negros perfiles, sombras chinescas. El Hada Irrealidad cruza por entre nosotros, arrastrando en el polvo de lo vulgar y diurno su larga cola de maravilla.

Belisa

Una cola que llevan, a manera de pajes, los trasgos y los silfos.

Silvestre

La hora romántica, no por lo ficticia e ilusionante, sino por lo henchida de amor ardiente y puro. Con el día se han ido

todas las bajas preocupaciones terrenas, todos los sudorosos y polvorientos afanes mezquinos. Y es ahora como una redención del alma prisionera. En el acallamiento de los tumultos triunfa la voz esencial de nosotros mismos; un ansia viva de libertad, de gloria y de pureza nos orea el corazón reseco, y nuestros ideales, nuestras nobles y heroicas ambiciones surten bullentes de él, con la primera estrella.

Hermangarda

La hora romántica, amigos míos, por lo reboante de un dolor sin fondo. Después de la batalla sanguinosa del día; después de la rabiosa pugna, llena de traiciones y ferocidades, llega la hora de enterrar a los muertos. La noche extiende sobre el mundo ese paño con el cual la piedad cubre todo cadáver. Y en la sombra, callada y secreta como un regazo amoroso, viene el recuento de nuestras orfandades; viene la sorda angustia de las despedidas eternas; viene el anhelo asaeado de lo puro, de lo excelso; viene el sollozo de las sedes insaciadas; viene acaso, por fin, la melancolía serena, como una hermana.

Sardonio

Queridos, nuestras palabras han sido aldabonazos al portón de los espíritus. Ya hay luna sobre la vega, ya ha cantado el primer ruseñor. Mirad: bajo las alamedas, en la ténue brumazón de los rocíos, se han condenado en apariencia humana las ánimas románticas que fueron. Los donceles de la noche vienen hacia nosotros. ¿A cuál escogéis? ¿A quién queréis rendir la piadosa ofrenda de una evocación encariñada?

Belisa

Hablemos de Chopin, alma de flor de noche.

Silvestre

Hablemos de Espronceda, alma de libertad y de pasión.

Policio

Byron es el Romántico.

Sardonio

Y Heine es Lo Romántico.

Hermangarda

Yo hablaría de Schuman. Schuman es el tormento de vivir.

Sardonio

Pongámonos de acuerdo sobre un nombre menos resonador, no menos melodioso: Enrique Gil.

Policio

No es ese nombre tan callado como pensáis: un doctor alemán le va a dedicar un libro.

Sardonio

Ya me contaréis lo que diga, buen Policio, mi carpintero no dejó lugar en mis anaqueles para los libros *in-folio*.

Belisa

Me gusta Enrique Gil. He visto un retrato suyo: era muy guapo.

Policio

Se veía en su cara el trasluz de su espíritu.

Sardonio

Es bastante posible que haya poetas feos. Lo que no puede ser es que sean feos los retratos de los poetas.

Silvestre

Me gusta Enrique Gil. Y no por su retrato. Me gusta por su amor entrañado a la naturaleza; por el olor a campo y la luz de aire libre que tienen sus escritos; por sus vibrantes dones de descriptor, de paisajista; por la íntima y serena maestría con que evoca los panoramas y los rincones de esta tierra nuestra, de la que él salió también, y a la cual no volvió cuando murió.

Hermangarda

Me gusta Enrique Gil por humilde y por desventurado. El recato de su muerte y de su fiero corazón se muestra en sus poemas de una manera tan dulce, hay en la humildad de su carácter una esquisitez de tal quintaesencia, que bien puedo decir que su alma fué una fresca y pura violeta, hermana de aquellas que, andando por sus versos, se encuentran a cada paso. Flor de delicadeza, en este rudo páramo de cardos y aliagas, escondida en la soledad de sus meditaciones. ¡Pobre y suave flor, que arrancada a su natal pradera, se desmayó en el vaso de que era cautiva, tan rápidamente!

Sardonio

Me gusta Enrique Gil, porque es el arquetipo del doncel romántico.

Policio

¿Qué es ser romántico?

Belisa

Ser romántico es tener ilusión, es ser elevado y noble. Ser romántico es ser poeta.

Policio

El romanticismo no fué otra cosa que un hervor de egolatrías. El culto al yo rompió fragorosamente las viejas normas de impersonalidad a que obligaba la social disciplina, y aún el romanticismo fue la resolución proclamante de los derechos de la persona. Es natural que un hombre ególatra se haga ilusiones, la egolatría lleva de la mano a la quimera. Esquemáticamente, romanticismo es, pues, quimérica preocupación de sí mismo.

Silvestre

Eso acaecerá dentro de las almas vanas y sin personalidad. En los espíritus con fuego propio romanticismo es liberación, es soberanía, es aspiración a lo heroico. Pues únicamente la esclavitud a los

hechos menudos de la vida, el enredamiento en lo miserable es lo que hace mezquinos y flacos a los hombres.

Hermangarda

Romanticismo es sed insaciada, es no hallar en la vida alimento al amor sin linderos que nos oprime el corazón, es ansia infinita de más allá, es ser «flecha de anhelo hacia la otra orilla».

Sardonio

Romanticismo es cuanto habéis dicho todo, y algo más, a saber: el sabor de la tristeza. La álica serenidad se pierde en lo romántico por la voluptuosidad de ser melancólicos. Es como una embriaguez de ese dulce y fuerte viño que es el dolor, lo que hace de los grandes románticos caballeros cruzados de la tristeza de vivir, metafísica Helena de sus Iliadas. Desde la infancia, la tristeza de vivir cuelga del alma de Enrique Gil y Carrasco sus hiedras insinuantes.

Hermangarda

Niño aún, corría por los montes de su país a esconderse en la niebla, que después cantó, poeta. Fué sí, un soñador, un ilusionado, pero quizá sus sueños maranaran de las sedes de amor de su alma apasionada, solitaria siempre. Acaso refugió en la quimera los desamparos de su ternura sin objeto. Corre por sus versos el hondo y vago anhelo de una amorosa compañera que no encontró jamás. Y, moribundo, en su desgarrado apagarse, allá en Berlín, todavía ensueña a «la virgen de los valles» que ha de cortar las violetas de su tumba.

Belisa

Hoy, aunque lo quiera, no podría cortarlas. No tienen sepulcro los huesos de Enrique Gil.

Policio

¡La eterna y lameñtable incuria en que vivimos!

Sardonio

En este caso, incuria bienhadada. Merced a ella tiene unidad de hermosura la romántica vida de nuestro doncel romántico. ¿Cual remate más bello para una existencia de poeta, para un vivir de elegía, que esa muerte en la soledad, en el destierro, y del mal de que murió la Dama de las Camelias? ¿Y qué final pudiera imaginarse, al fingir una historia de poeta romántico, de más genuína emoción y de mejor estilo que la desaparición de su esqueleto en la fosa común? Mientras los huesos de Enrique Gil, impiamente exhumados, confundier sus cenizas con los de otros mil desheredados difuntos, el honrado esqueleto de un buen Müller arrellana comodamente en la sepultura del poeta. Pues bien, este honorable Müller, al desahuciar los restos de Enrique Gil de su última morada, le ha rendido con ello el mejor homenaje; el de poner a su historia un epílogo digno de ella. ¡Cuanto menos romántica y menos acabadamente hermosa no sería esa historia, si Enrique Gil tuviera su lápida en un cementerio, como cualquier filisteo!

Policio

Tus humorismos son algo macabros.

Sardonio

Desecha, ¡oh buen Policio!, ese débil criterio de la muerte es más bella cuanto mayor y no hay muerte mayor que la hermosa muerte de dispersarse al azar, sin posible rastro, en las entrañas maternas de la tierra. Después de un vivir apasionado y doliente, el morir corona a sus elegidos. Cuando el Ángel de alas negras se acercara a Enrique Gil para llevarle a su prostrer destino, se le allegaría como lo cuenta el noble poeta inglés:

• Los caminos de la Muerte son apaciguadores y serenos, y todas las palabras de la Muerte son graves y dulces; del campamento a la iglesia y del hogar a la calle. Ella nos hace su seña - y el afán y el cántico han sido:

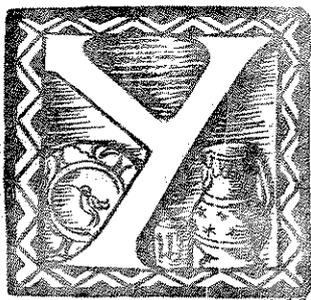
• Noche de verano cayendo fresca y verde
y oscura sobre el polvo y el tráigo y el calor del
(día...

• Los caminos de la Muerte son apaciguadores y serenos, y todas las palabras de la Muerte son graves y dulces.

Alfredo NISTAL



E L G R A N L E O N É S



si la personalidad literaria de Enrique Gil Carrasco no ocupa en la Historia de las letras españolas un lugar eminente en la His-

toria de las letras leonesas deberá colocársele, sin disputa, en el puesto de honor. Porque a la valorización de sus méritos de escritor castilicísimo, de novelista vigoroso, de exquisito poeta, celebrados generalmente, nosotros hemos de añadir —mejor diría de anteponer— otra cualidad fundamental: la de su leonesismo, que llega a constituir una verdadera obsesión que le absorbe por entero.

En efecto: puede decirse que la totalidad de la obra de Gil Carrasco—excepción hecha de algunos artículos, pocos, y poesías sueltas— es obra leonesa en esencia y potencia. Leonesa es su principal producción, la gran novela «El Señor de Bembibre» — que basta para perpetuar su nombre —; leonesa; su encantadora leyenda «El lago de Carucedo»; leoneses, sus interesantes y amenísimos trabajos sobre «Costumbres y viajes».

Enrique Gil, con solo su «Señor de Bembibre» hace más labor leonesa que toda una generación posterior. El espíritu regional vive en él, de tal modo, que apenas hay momento en su vida, en que no se manifieste con desbordante efusividad. Es leonés siempre. Cuando se dispone a crear la figura de *D. Alvaro Yáñez*, como cuando urde maravillosamente los trágicos amores de *Salvador y María*. Los motivos, el escenario, las descripciones, todo es leonés.

No conozco ningún otro escritor antiguo ni moderno que haya sentido tan intensamente la preocupación de nuestra tierra.

¿Hará falta recordar sus sabrosísimos artículos. *El pastor trashumante*, *Los Montañeses de León*, *Los Maragatos*, y el *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, — admirable estudio geográfico, artístico e histórico de nuestra provincia — en los que de manera tan delicada cantan las bellezas naturales del terruño leonés, y pinta donosamente las pintorescas costumbres de sus hijos, realizando con ello una labor cultural y artística, formidable?

Pero lo más emocionante, para mí, de esta primordial cualidad, de Enrique Gil, está en su viaje al extranjero, del que no había de volver.

El poeta emprende su éxodo, llena su alma de recuerdos del rincón nativo, que no le abandonan jamás, y ante cada ciudad, ante cada monumento, ante cada paisaje, surge en su cerebro la evocación amorosa de la patria chica tan lejana.

Primero es durante su permanencia en la nación, francesa, cuando escribe desde Rouen:

«Hasta el día, no he encontrado en lo que llevo recorrido de Francia, portadas iguales a las de la Catedral de León, que no parecen sino otras tantas páginas del *Apocalipsis* y del *Dante*».

Luego, ya camino de Berlín, en el sencillo *Diario de Viaje*, que escribiera a su paso por las distintas poblaciones que recorría el recuerdo leonés, persiste a cada instante con mayor tenacidad. Así puede leerse en sus notas:

Bruselas. — 10 — Agosto — 1844.

(El poeta contempla la ciudad desde la torre de la Catedral).

«...Semejante panorama nada tiene de

común con el que ofrecen las torres de la Catedral de León...

Bonn. - 5 de Septiembre.

...En el camino, sobre todo en la perspectiva de las Siete Montañas, he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo, de León.

Coblenza. - 18 - Septiembre.

...Estos bosques, de cuya verdura y lozanía sólo he hallado ejemplo en algunas de las montañas del Bierzo, y, sobre todo, entre Peñalva y Montes...

Laach. - 10 - de Septiembre.

La abadía no tiene dos cruceros, como equivocadamente dice la Guía de Murray, pero sí dos coros o semicírculos, a semejanza de Peñalva, en el Bierzo.

Del lago de Laach dice: «Traíame a la memoria el lago de Carucedo y los paseos que he dado por sus orillas, pero por mucho que me complaciera el que tenía delante, recordaba con gusto el de mi país, mucho más grande, más variado y más hermoso».

San Goar. - 11 de Septiembre.

...Se goza una vista deliciosa (se refiere al Castillo de Thurnberg), con el *Gato* y el *Ratón* (dos castillos así llamados) por delante, el río a los pies, y a la espalda un valle angosto pero lindo, con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadón, en el Bierzo.

Bingen. - 12 de Septiembre.

Antes de salir de San Goar esta maña-

na, fuimos a recorrer un valle que llama el *Valle Suizo*, y que comienza en el castillo del *Gato*. Es lindo, pero nada nuevo me ha ofrecido, ni aún iguala a muchos de los que he visto en la provincia de León.

Cassel. - 22 de Septiembre.

...En general (habla del camino de Francfort a Cassel) he encontrado muchas analogías con otros parajes de las montañas de León.

Hannover. - 22 de Septiembre.

...Entre los valles y cañadas he encontrado algunos que se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca, hacia Fresno.

Este ingenuo rosario de evocaciones, no cesa en todo el viaje. Por eso cuando le acompañamos, - al leer su *Diario* - con nuestro espíritu; cuando desfilan ante nosotros, en galana descripción los encantos naturales o las joyas artísticas de otras tierras, nos invade una emoción acariciadora; confundimos nuestra alma con las exaltaciones de la del poeta, compartimos sus añoranzas; y ya nos queda grabada para siempre, la imagen de aquel hombre, que marchó por el mundo adelante y desapareció allá muy lejos, con una sola visión en sus ojos y un solo nombre en sus labios:

Los de su tierra.

Fernando BLANCO



EL PRIMER PAISAJISTA ESPAÑOL



al vez haya alguien que fide este título de atrevido, creyéndole hijo más bien de mi admiración por nuestro paisano poeta que mi amor a la verdad. Mucha es en mí la primera, pero mucho mayor

el segundo, y, en este caso, afortunadamente unidos van uno y otra. Mis lectores juzgarán si acierto o yerro

Entre los méritos literarios del *ruiñeñor berciano*, hallo dos dignos de mención especial. Uno, el no haberse contaminado con los graves defectos de la literatura al uso entonces; otro, el encontrarse en sus obras modos y maneras literarios, muy posteriores a él, y creadores de escuelas nuevas.

Es Enrique Gil y Carrasco, a mi juicio, quien puso los cimientos del *paisajismo*, afianzó los del realismo y preludivió los del modernismo.

Apenas si alguno de nuestros escritores, incluyendo en ellos a todos los clásicos, paró mientes en la naturaleza y se dedicó a describirla. Fray Luis de León, Garcilaso, Lope de Vega, Cervantes, Gracian, muy de vez en tarde dan una ligerísima pincelada (maestra, eso sí), sumamente rápida, que desaparece, apenas comenzada a gustar, dejándonos en el alma el deseo de más, como si lo, para ellos, muy secundario quisiéramos nosotros verlo convertido, a veces, en principal. Estos fugacísimos toques, (dados sólo de *ocasión*, y cuando no se podían huir), por su escasísima cantidad y por su rapidez en manera alguna se deben considerar como los precursores de la delectación, a que últimamente se han entregado literatos y lectores, enamorados ambos de los panoramas campestres.

Hoy como ayer la naturaleza es igual, con las mismas bellezas, los mismos encantos, los mismos contrastes y las mismas perspectivas. Ayer como hoy hombres hubo que así lo apreciaron, y en nuestra rica literatura los mismos, que no se detuvieron en descripción alguna, ante los ojos nos pusieron en sus obras hombres que sabían sentirla. Usaron del campo únicamente para las imágenes. Como elemento artístico el amor al paisaje jamás pasó de ser algo sumamente secundario, al extremo de que en toda nuestra abundantísima literatura no solo no encontraremos una sola obra descriptiva, sino que ni hallaremos diez líneas de descripción en las composiciones literarias, sino después de un rebusco pacientísimo y sumamente detenido. Tan rarísimas son, y tan cortas, y tan incompletas. Descripción verdad y acabada no hay una sola en toda nuestra literatura, desde Gil atrás.

¿Quién diría en los comienzos del siglo pasado que, a su terminación, tal desarrollo habría adquirido lo que llamaremos el *paisajismo*? Con este ha ocurrido lo que con las modas. De tal manera se abusó de un tan valioso recurso de arte, que estragado por algunos, no pocas veces, nos han dado los escritores de más y peor lo que antes habíamos echado de menos y mejor.

Al leonés Enrique Gil cabe la gloria de ser el pri-

mero que en sus artículos y en su novela dió la España descripciones completas de encantadores paisajes, aportando así al rico acervo de los literatos posteriores el nuevo e importantísimo elemento de belleza, en el que nadie había reparado hasta él, y con el cual tanto se avvaloró el tesoro de las artísticas creaciones de la pluma en las obras de esparcimiento del ánimo.

Ni López Soler en *Los Bandos de Castilla*, ni Larra en *El Doncel de D. Enrique el Doliente*, ni Espronceda en *Sancho Saldaña*, ni García Villalta en *El Golpe en vago*, ni otro alguno anterior a Gil se deleitó, cual él, en la descripción de paisajes, ni supo, o, al menos, intentó, poner a la vista del público, para recrearle con adorno tan preciado. Nuestro ha sido en el orden cronológico el primer paisajista español, y a los panoramas de nuestra provincia leonesa cabe la honra de ser los primeros descritos minuciosamente en la literatura española. Los posteriores a Gil y Carrasco comenzaron a seguirle en el hermoso camino, que descubrió, llegando en él a las sublimidades de Pereda, y viniendo a ser ya el paisaje elemento artístico semi-imprescindible en toda obra de entretenimiento.

Azorín, que indudablemente tiene grandes atisbos y grandes errores, después de afirmar que en *El Señor de Bembibre nace por primera vez en España el paisaje en el arte literario*, pregunta si lo sabía Enrique Gil y si sería su propósito, no el de tejer una fábula novelesca, sino el de tomar de ella motivo, para ir ensartando paisajes y más paisajes de la bella tierra del Bierzo. Difícil es penetrar en las intenciones: yo aventuro la contestación afirmativa, aunque no la exclusiva, o sea, Gil y Carrasco se propuso no como fin único, pero sí como uno de los principales de su novela, describir el hermoso país berciano, porque sólo así se explica la cantidad de descripciones maravillosamente hechas.

Las reducidas dimensiones de un artículo no dan espacio, para expresar lo que, a mi ver, intentó Gil en su novela (asunto del que en otro lugar me ocuparé), pero si podemos afirmar que el escenario le preocupó tan hondamente, y tal atención puso en él que es uno de los mejores aciertos de la que yo considero como la mejor novela del periodo romántico, y quizá una de las mejores históricas, según a su tiempo intentaré demostrar.

Gil y Carrasco por otra parte, no fué el primer paisajista español *por casualidad*, digámoslo así, sino que lo fué conscientemente, porque vió un nuevo género de belleza, que, o no habían visto, o no habían querido expresar otros, mientras que él abrió la inexplorada cantera, de la que tantos escritores extrajeron después tan ricos y hermosos materiales. Dado nuestro poeta a la soledad y a la melancolía, amando cual amaba entrañablemente al Bierzo, y habiendo tenido la suerte de haber nacido en una de las regiones más hermosas del suelo español, se le adentraron en el alma aquellos idílicos paisajes tan dulces, tan amables, y por los puntos de su pluma salieron descritos con toda la placidez, con toda la suavidad, y con toda la melancolía, que en si tienen.

Creo Azorín que la manera de Gil, comparada por él a la del pintor Haes, es algo lamida y suave y aún un fantico teatral, concordando admirablemente con el paisaje retratado. Yo creo lo contrario: que por ser precisamente así el paisaje del Bierzo, y

por concordar esta realidad de la naturaleza berciana con la realidad del sentimiento melancólico del poeta, es por lo que éste describió en la forma que lo hizo, a saber, llegando a la plenitud de la expresión artística, que es dar exacta idea de lo descrito.

Que Gil y Carrasco no describiría tan bien «un desamparado paisaje de la Mancha, u otro abrupto de Gredos, u otro andaluz, plerórico de luz y color. *Conformes*. Sus ojos hechos a la neblina norteña se ofuscarían con el sol meridional, la vista, acostumbrada a los mimos valles bercianos, no acertaría a recrearse en las llanuras manchegas, y las desnudas montañas no son las alturas predilectas de nuestro poeta. Siendo el literato berciano un enamorado de la naturaleza, y habiendo pasado en su viaje a Alemania por sitios bien diferentes, en su Diario solo nos dá cuenta de los *suyos*, y pasa por alto los que desde luego merecen descripción, pero hecha por manos adecuadas. La de Gil no lo eran para esos panoramas, y por eso, con muy buen acuerdo, no los describió: lo cual no es defecto, sino merecimiento de subidos quilates, pues de verdaderos artistas es saber para lo que se vale y mantenerse discretamente en su puesto. Muy caro se ha pagado y se pagará siempre en arte y en todo, salirse uno de su propia esfera.

Téngase además en cuenta que el poeta leonés pertenecía a lo escuela llamada *septentrional* por el sabio D. Marcelino, y ésta no gusta de paisajes fuertes ni duros, sino todo lo contrario. No es mejor poeta el que a diversos matices de belleza dedica sus cantos, sino el que la expresa, aunque sea en uno solo.

Indudablemente Gil y Carrasco tuvo la clarividencia del paisaje, que no habían tenido sus antepasados, ni tuvo ninguno de sus coetáneos, y que, de acá, ha dado en tan poco tiempo tan preciado caudal de admirabilísimas páginas «Galicia no fué para Pastor Díaz — dice Lomba —, ni Andalucía para el Solitario, ni las sierras de Extremadura para Larra, ni la mitad de España, toda Francia, y toda Bélgica para Mesonero Ramos, ni Cuellar para Espronceda lo que fué para Gil y Carrasco la Provincia de León y en especial el rincón berciano». Esto es un timbre de gloria leonesa, que apenas se conoce, y que no hemos sabido apreciar debidamente.

Ya Piñeiro escribió: «Gil, que con sus ojos velados por las lágrimas veía y tan poéticamente sabía reproducir el paisaje melancólico de las tardes de otoños e inviernos de su tierra natal, a las orillas del Sil, a la sombra lejana de las montañas de Galicia, engasta a menudo en medio de su narración, con suaves frases como caricias, delicadas pinceladas de miniaturista, paisajes naturales exquisitos».

Fiense mis lectores el valor que tiene la siguiente afirmación en la pluma de quien tanto conoció y tan bien escribió del romanticismo en España. *No sabía Walter Scott componer prosa como la de este trozo de Gil*, que tomó, entre otros, al azar.

«El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles: las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigueñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas, por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación, que ya habían caído, amontonaban en el

horizonte celajes espesos y pesados, que, delgazados a veces por el viento, y esparcidos por entre las grietas de los peñascos, y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios e hinchados, los pajarillos volaban de un lado a otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados, recién despojados de su hierba, balando ronca y tristemente. La Naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno».

En la hermosura delicada de las anteriores líneas claramente vemos la predilección de Gil por determinados paisajes, por los *suyos*, repito por los suyos, que son los nuestros. Ser el panorama leonés y especialmente el berciano aquel en que de la manera bellísima, que hemos visto, se dio la pauta de la literatura descriptiva española es quizá la mayor joya de tantas como a nuestro paisano debemos.

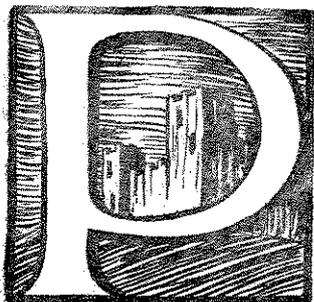
El amanecer en el campo, lo describe así:

«Caminaba a orillas del Sil, ya entonces junto al Boeza, y con la pura luz del alba, e iba cruzando aquellos pueblos y valles que el viajero no se cansa de admirar, y que a semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atraía un solo de castaños y nogales, ora un linar cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna, ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso, y de cuando en cuando solía encontrar un frozo de canino cubierto a manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían en un declive, manso a veces y a veces rápido, las montañas, que forman la cordillera de la Aguiana con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles; y pinidos los jilgueros y desvergonzados gorriones se colmaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño una tonada apacible».

Innumerables seríamos copiando paisajes descritos por nuestro leonés poeta. Bastan los apuntados y agradecerán mis lectores les aconseje lean en las obras de Gil y Carrasco los que faltan.

Para terminar. Con dos amantes e ilustres hijos de León firmé a diversos Ayuntamientos y a nuestra Diputación Provincial una solicitud pidiendo el traslado de los restos del poeta. Parece han desaparecido. Gran dolor sería, pero en manera alguna obstáculo para que algo se haga. Con mi deseo de hacer en honor de Gil y Carrasco lo que mucho ha debía estar hecho, se unía el no menos vivo de ponernos al habla los leoneses. ¿Será posible una y otra cosa? Así lo espero. Al Presidente de la Diputación de una manera especial y a los distintos Ayuntamientos, a quienes se ha pedido únicamente que convoquen las juntas en las respectivas ciudades, para que estas con aquel se pongan de acuerdo, incumbe una y otra cosa. Ellos podrían, oficialmente cerciorarse de lo que particularmente tememos; ellos podrían en caso adverso, idear lo que todos secundaríamos; ellos pueden a poca costa inaugurar la obra de leonesismo por la que muchos suspiramos.

José M. GOY



uede decirse que en España no hubo periódicos hasta la muerte de Fernando VII.

De tal modo estaba la libertad prescrita y tan amordazada

la verdad, que aunque no hubiera tenido un criterio en todo contrario a las publicaciones, nada hubiera tenido que decir.

Si se ahorcaba por escuchar una conversación tan sólo, como al coronel Moscoso; por tener una pintura en que aparecía Fernando en unas puntiagudas rejas de hierro y una inscripción que decía: «Vayamos todos y yo el primero por la senda borriical de la reacción»; si se condenaba a muerte por tener un retrato de Riego y se llevaba al patíbulo al infeliz zapatero Juan de la Torre por exclamar: «¡Libertad! ¿dónde estás que no vienes?» ya se comprende que aun cuando Fernando VII y sus contertulios hubieran anunciado propósitos de fomentar el periodismo, las plumas agarrotadas por el miedo nada hubieran podido hacer.

No hay período para la literatura española, más pobre, más lamentable, más decadente que el de Fernando VII.

Bien es verdad, que en todos los demás aspectos ocurrió lo mismo, y lo que es aún más raro y forma tremendo contrasentido es que si una tiranía brutal y desenfrenada proclamando que era «perniciosa la manía de pensar», consiguió desterrar, amordazar y sepultar en *impac* tenebroso el ingenio, en cambio el hacer de España un bosque de horcas, no ejerció ninguna fuerza intimidativa y *Jaimé el Barbudo, José María, los siete niños de Ecija* y otros legendarios heroes de la misma calaña, eran dueños y señores de los caminos, que imponían tributo a los mismos transportes del Gobierno, y según cuenta *Mesoneros Romanos* «En las ciudades y en el mismo Madrid eran frecuentes los ataques contra la propiedad y las personas, ejecutados no con ingeniosos procedimientos ni estudiada astucia,

sino franca y descaradamente, en medio día». Y cita el caso de una señora «muy conocida» arrancada violentamente del mismo brazo de su marido en una noche de verbena de San Antonio, y el de «otra que salió de tertulia en la calle de Atocha acompañada de un criado, fué arrastrada por dos audaces libertinos hasta el alto de San Blas, donde saciaron en ella, su brutal apeñito». «Hasta el mismo claustro se se vio contagiado de este desenfreno, siendo teatro del horrible asesinato del abad de San Basilio, perpetrado por su misma comunidad; y pudiera recordar también otro fraile, no sé de qué orden, que vi conducir al patíbulo por haber dado muerte, y con los más repugnantes detalles, a una mujer con quien tenía relaciones».

Y véase por tanto el estado de las costumbres en tiempos de Fernando VII, que no hemos hecho más que soslayar, pero que constituye un tema altamente sugestivo y sirve para evidenciar que los periódicos en truculentas relaciones de crímenes y sucesos, no han inferido nunca en el fomento de la criminalidad, ni en la perversidad de las costumbres, como nos demuestran los repugnantes crímenes, asesinatos, sevicias, salvajadas y estúpida barbarie de estos tiempos a que nos referimos en los periódicos, no existían de hecho aunque hubiera alguna manifestación esporádica, influyendo por el contrario en las costumbres decisivamente para moralizar al ilustrar.

Murió Fernando VII y al momento comenzó esa actividad periodística más inaudita, impulsada de una parte por las ideas de libertad y de reacción, que continuaban el duelo que comenzaron en las Cortes de Cádiz, y más tarde en tiempos de la Constitución y de la otra parte, por los potentes núcleos de poetas y literatos que formados en Madrid desde que los afrancesados y los desterrados por Fernando regresaron, habían atraído con su brillo a cuantos en provincias valían...

Uno de los que acudió fué Gil Carrasco, pero ¿fué periodista en la forma que en esa actualidad concebimos al periodismo?

Gil Carrasco, tenía cierto desdén por la política y no compartía el criterio román-

tico que a la sazón imperaba. El criterio romántico, nos lo ha puesto de manifiesto Espronceda en sus versos, cuando dice:

Tercero escribo, en mi loco desvarío,
sin ton ni son y para gusto mío.

en lo cual se comprendía el desdén a todo precepto, a toda disciplina, a toda ciencia, que culmina aún más en aquello de

Yo con erudición ¡cuánto sabría!

ironía, que un crítico califica de «síntoma de la barbarie de una sociedad decaída y postrada».

Y Gil Carrasco no compartió aun conviviendo con Espronceda este criterio, ya que ni pensó «que la gramática era un código convencional, inspirado por la senectud, al que no sólo hay que encerrar con seis llaves, sino procurar olvidarse de su existencia», ni desdeñó la erudición. Dechados de concepto son sus obras, jamás escribe repentinando, da a la erudición todo el enorme valor que tiene y no se puede decir de él, lo que de alguna brillante pléyade de escritores puede decirse con Moratín, en su *Sección poética*.

Todo arrogancia y falsa valentía:
Todos jaques, ninguno caballero,
como mi patria los miró algún día,
No es más que un mentecato pendenciero,
El gran Cortés y el hijo de Jimena
Un baladrón de charpas y Sifero.

El periodismo, como agua contenida que burbujeante y coronada de espuma, al romper el valladar que se oponía a su paso lo invade todo, tras la forzosa abstinencia, clama, grita, amenaza, ruega, gime, combate. Se glosan las teorías economistas de Adam Smith, se defienden las

de Bentham, se habla de constituciones, de cartas magnas, de derechos imprescriptibles e incalculables; se censura el sistema penal que más tarde Ortolau el sabio catedrático de París había de motejar de «la barbarie del siglo XIII». Se combate a personajes políticos, se buscan prosélitos y unas veces son ataques nobles y otras se llega a la chocarrería.

Pero al lado de todo esto, lo volandero, lo que pasa, comentarios del día, luchas del momento, la actualidad que podemos decir para sintetizar, los periódicos se llenan de poesías, de cuentos, de fragmentos literarios.

El ingenio español siempre fué pobre y en la imposibilidad de encontrar editores para sus obras las daban a los periódicos.

Sabido es que Zorrilla después de haberse dado a conocer en febrero de 1837 aquella luctuosa tarde en que se celebraba el entierro de Larra, con aquellos versos que empiezan

Ese vago clamor pue rasga el viento
Es el son funeral de una campana...

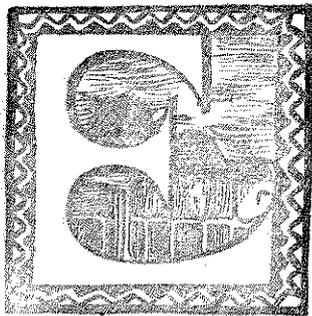
lectura «solemne y patética que sorprendió a los circunstantes» entró a formar parte de la redacción de un periódico, donde por unas pocas de pesetas, había de llenar unas cuantas columnas de versos.

Y ese fué el periodismo de Gil Carrasco. No la nota del momento, el comentario apasionado influido por las circunstancias y por el partido, sino el periodismo del escritor castizo, que lleva al periódico, lo que por distintos motivos no puede llevar al libro...

J. PINTO MAESTRO



ENRIQUE GIL Y CARRASCO EN BABIA



El romántico autor de *El Señor de Bemibre* estuvo en esta bella región leonesa en el año 1837, según su artículo *Los montañeses de León*, que fecha en

8 de Agosto de dicho año en Palacios del Sil, y en el que dice:

•Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo, pasando por Astorga, con el pensamiento de recorrer las Montañas de León, cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para la Coruña, y visitar el litoral de Galicia.

•Con tal intento y siguiendo el curso del Sil, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del Bierzo, atravesé los valles de la CEANA y la OMAÑA, y me detuve en los últimos términos de Babia.

En este artículo, Gil y Carrasco, empieza diciendo; •Aquí me tienes, mi querido A., perdido en un delicioso país; y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años a esta parte, y, efectivamente, tan era así, que hasta que se publicó en el *Semanario Pintoresco Español* en Abril de 1839 el artículo a que vengo refiriéndome, Babia era un país casi desconocido incluso para los mismos leoneses que, pocos aficionados a viajes y excursiones, no se aventuraban a descubrirle y seguían teniendo de él una idea confusa, tan confusa, que muchos dudaban de su existencia.

Bien es verdad que aún los más cultos apenas si habían podido enterarse en los libros de su existencia, porque hasta dicha fecha, tan sólo mencionaron a Babia, entre algún otro, Antillán en un tratado de Geografía; Quadrado con el nombre de Badabia, como se la llamó, en la Edad Media, y Jovellanos en su informe *Sobre la ley agraria*.

Babia es, sin embargo, después de la

maragata, la región más interesante y definida de la provincia de León.

Se subdivide en *Babia Alta* o de *Suso*, y *Babia Baja* o de *Yuso*, constando aquella de trece pueblecitos y de quince ésta, de los que el de La Cueta, que pertenece a la primera, tiene los barrios de Quejo y Cacabillo, correspondiendo también a ella los caseríos de Vildeo y Carrasconte.

A la otra, a *Babia Baja* o de *Yuso*, pertenece el pueblo de Riolago, en el que existen las ruínas del palacio que edificó el Marqués de Montevirgen (propiedad hoy de doña Marcelina A. Carballo), en el que se hospedó Enrique Gil y Carrasco durante su estancia aquí, como en esta misma excursión estuvo en Palacios del Sil en otro del mismo marqués, cuya familia debía tener al ilustre berciano en la alta estima que él se merecía.

Babia fué un país exclusivamente pastor que a Gil y Carrasco le inspiró otro notable artículo, titulado *El pastor trashumante*, pero ha cambiado mucho este carácter, siendo contadísimos los ganaderos que conservan sus rebaños y, aún cuando continúa siendo un país eminentemente ganadero, empieza a caracterizarse, sobre todo Babia Alta, como región minera abundante en carbones en los términos de Piedrafita, Quintanilla y Peñalba, y en el ayuntamiento de San Emiliano en los de Candemueta, Genestosa, Torrebarrio y Truébano.

Al entrar en Babia, su paisaje, que es muy sugestivo y original, sorprende por sus verdegueantes praderas y amplias vegas, contrastando con su peladas montañas, desprovistas de vegetación. Obedece esto al antedicho carácter eminentemente pastor de sus habitantes que, paulatinamente, fueron quemando los montes porque sus grandes frondosidades eran enemigos que, además de albergar los lobos que mataban las ovejas, se quedaban con sus lanas, que eran su principal riqueza, por ser consideradas como las mejores de Europa.

Sorprende también, y ello es tradicional, ver en el campo trabajando casi solamente a las mujeres, lo que se explica porque siendo antes todos los hombres

pastores, pues *gentes no muy entradas en años* — dice Gil y Carrasco en el último de los mencionados artículos — *recuerdan la época en que a la salida de los rebaños trashumantes, sólo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños,* se pasaban fuera del país, allá por tierras de Extremadura, ocho meses y los cuatro restantes, que estaban en él, residían en las majadas viniendo al pueblo tan sólo la mitad de este tiempo, distribuido en diferentes descansos. Por esta razón las mujeres se veían en la necesidad de trabajar en las faenas del campo, y como hoy las minas absorben las actividades de nuestros hombres, todavía se las vé agarradas a la manquera del primitivo arado romano, manejándolo muy varonilmente.

Más de tres cuartos de siglo han trascurrido desde que Enrique Gil y Carrasco estuvo por estas pintorescas montañas, y aunque la llegada de elementos extraños para la explotación de las minas ha contribuido a modificar muy sensiblemente el carácter patriarcal de Babia, perduran algunas de sus típicas costumbres, y como entonces él, puede decirse ahora que *la hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses, y no hay puerta, por pobre que sea, que no se abra de par en par a la llegada del forastero.*

Se le recoge muy hidalgamente y empieza por obsequiársele con él baile de *la bienvenida*, que en la época que le visitó Gil y Carrasco, se decía darle *el beiche* palabra que se confundía con la de *baiche*, dándoles, lo que pudiéramos llamar gente vulgar, la misma significación de baile, pero los más ilustrados las aplicaban distintamente. *Beiche*, era la invitación a bailar que se le hacía a la persona que se trataba de usted, y *baiche*, equivalía a baile. Al desconocido o persona respetable, por cualquier concepto, que no se trataba de tú y se arrojaba (era el verbo que empleaban) a bailar, le animaban diciendo: *¡Beichel! ¡beiche!* El mismo cantar:

Beiche, señor Cura, beiche,
que Dios todo lo perdona,

confirma que el *beiche*, respondía al tratamiento de usted.

La noche antes de marcharse, al forastero se le obsequia con otro baile, que

hoy se llama *la despedida*, y que entonces se dijo darle *el queiso*. En el admirable artículo *El Pastor trashumante*, aparece *geiso* y el no menos interesante titulado *Los Montañeses de León, geiso*. Ni una ni otra son palabras babianas, pero Gil y Carrasco, que, con su delicado oído y su fino espíritu de observación, tan exacta y bellamente supo recoger estas patriarcales costumbres, no cometió este error que, sin duda alguna, es una errata de imprenta, ya porque al escribirlas hiciese la *q* parecida a la *g*, ya porque las haya equivocado el cajista y olvidado él a corregir las pruebas.

Al baile de *la despedida*, en obsequio del que se ausentaba, se le llamó *queiso* en el dialecto de Babia. Y es natural que fuera este el nombre, por ser el postre, la última atención dispensada al que se marchaba.

El ferrocarril que trae los rebaños desde Extremadura hasta Astorga, y que obligando a los pastores a abandonar las antiguas *cañadas* o *cordeles*, les impide comprar en *las áridas llanuras de la Mancha las cintas de estambre fino*; en Rioseco de Medina, *los pañuelos, las agujas y cordones*, y en Rueda *proveerse de una gran bota*, ha contribuido a la desaparición de algunas de las costumbres pastoriles que describe Gil y Carrasco en los citados artículos.

Por lo demás, en este *lindísimo baile del país al son de panderas*, no se nota más que la desaparición de *castañuelas* y de *cantares numerosos y variados como sus fuentes y arboledas* de que habla Gil y Carrasco, y con esta desaparición, la de la curiosa y típica manera de sacar a bailar. El mozo llevando sus grandes castañuelas en un dedo de la mano izquierda y las de su pareja, (que eran mucho más pequeñas y artísticamente labradas), en el sombrero que sostenía con la otra mano, se las ofrecía al invitarla a bailar diciendo a la moza:

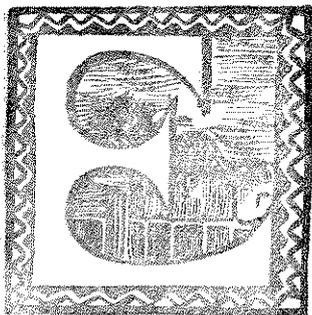
— Como no puedo mandar,
vengo a suplicar:
¿Quiere hacer el favor
de salir a bailar?

a lo que ella contestaba:

— Con mucho gusto y fina voluntad.

César GÓMEZ BARTHE

ENRIQUE GIL Y CARRASCO EN BABIA



El romántico autor de *El Señor de Bem-bibre* estuvo en esta bella región leonesa en el año 1837, según su artículo *Los montañeses de León*, que fecha en

8 de Agosto de dicho año en Palacios del Sil, y en el que dice:

•Desde León te escribí que pensaba dirigirme al Bierzo, pasando por Astorga, con el pensamiento de recorrer las Montañas de León, cruzar después el principado de Asturias, embarcarme en Gijón para la Coruña, y visitar el litoral de Galicia.

•Con tal intento y siguiendo el curso del Sil, célebre por el purísimo oro que en sus arenas arrastra, salí del Bierzo, atravesé los valles de la CEANA y la OMAÑA, y me detuve en los últimos términos de Babia.

En este artículo, Gil y Carrasco, empieza diciendo; •Aquí me tienes, mi querido A., perdido en un delicioso país; y digo perdido, porque quizá seré el único de mis amigos que haya pisado este suelo de muchos años a esta parte, y, efectivamente, tan era así, que hasta que se publicó en el *Semanario Pintoresco Español* en Abril de 1839 el artículo a que vengo refiriéndome, Babia era un país casi desconocido incluso para los mismos leoneses que, pocos aficionados a viajes y excursiones, no se aventuraban a descubrirle y seguían teniendo de él una idea confusa, tan confusa, que muchos dudaban de su existencia.

Bien es verdad que aún los más cultos apenas si habían podido enterarse en los libros de su existencia, porque hasta dicha fecha, tan sólo mencionaron a Babia, entre algún otro, Antillán en un tratado de Geografía; Quadrado con el nombre de Badabia, como se la llamó en la Edad Media, y Jovellanos en su informe *Sobre la ley agraria*.

Babia es, sin embargo, después de la

maragata, la región más interesante y definida de la provincia de León.

Se subdivide en *Babia Alta* o de *Suso*, y *Babia Baja* o de *Yuso*, constando aquella de trece pueblecitos y de quince ésta, de los que el de La Cuesta, que pertenece a la primera, tiene los barrios de Quejo y Cacabillo, correspondiendo también a ella los caseríos de Vildeo y Carrasconte.

A la otra, a *Babia Baja* o de *Yuso*, pertenece el pueblo de Riolago, en el que existen las ruinas del palacio que edificó el Marqués de Montevirgen (propiedad hoy de doña Marcelina A. Carballo), en el que se hospedó Enrique Gil y Carrasco durante su estancia aquí, como en esta misma excursión estuvo en Palacios del Sil en otro del mismo marqués, cuya familia debía tener al ilustre berciano en la alta estima que él se merecía.

Babia fué un país exclusivamente pastor que a Gil y Carrasco le inspiró otro notable artículo, titulado *El pastor trashumante*, pero ha cambiado mucho este carácter, siendo contadísimos los ganaderos que conservan sus rebaños y, aún cuando continúa siendo un país eminentemente ganadero, empieza a caracterizarse, sobre todo Babia Alta, como región minera abundante en carbones en los términos de Piedrafita, Quintanilla y Peñalba, y en el ayuntamiento de San Emiliano en los de Candemuela, Genestosa, Torrebarrio y Truébano.

Al entrar en Babia, su paisaje, que es muy sugestivo y original, sorprende por sus verdegueantes praderas y amplias vegas, contrastando con su peladas montañas, desprovistas de vegetación. Obedece esto al antedicho carácter eminentemente pastor de sus habitantes que, paulatinamente, fueron quemando los montes porque sus grandes frondosidades eran enemigos que, además de albergar los lobos que mataban las ovejas, se quedaban con sus lanas, que eran su principal riqueza, por ser consideradas como las mejores de Europa.

Sorprende también, y ello es tradicional, ver en el campo trabajando casi solamente a las mujeres, lo que se explica porque siendo antes todos los hombres

pastores, pues *«gentes no muy entradas en años»* dice Gil y Carrasco en el último de los mencionados artículos *«recuerdan la época en que a la salida de los rebaños trashumantes, sólo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños.»* se pasaban fuera del país, allá por tierras de Extremadura, ocho meses y los cuatro restantes, que estaban en él, residían en las majadas viniendo al pueblo tan sólo la mitad de este tiempo, distribuido en diferentes descansos. Por esta razón las mujeres se veían en la necesidad de trabajar en las faenas del campo, y como hoy las minas absorben las actividades de nuestros hombres, todavía se las vé agarradas a la manera del primitivo arado romano, manejándolo muy varonilmente.

Más de tres cuartos de siglo han trascurrido desde que Enrique Gil y Carrasco estuvo por estas pintorescas montañas, y aunque la llegada de elementos extraños para la explotación de las minas ha contribuido a modificar muy sensiblemente el carácter patriarcal de Babia, perduran algunas de sus típicas costumbres, y como entonces él, puede decirse ahora que *«la hospitalidad es una especie de religión entre estos montañeses, y no hay puerta, por pobre que sea, que no se abra de par en par a la llegada del forastero.»*

Se le recoge muy hidalgamente y empieza por obsequiársele con él baile de *la bienvenida*, que en la época que le visitó Gil y Carrasco, se decía darle *el beiche* palabra que se confundía con la de *baiche*, dándoles, lo que pudiéramos llamar gente vulgar, la misma significación de baile, pero los más ilustrados las aplicaban distintamente. *Beiche*, era la invitación a bailar que se le hacía a la persona que se trataba de usted, y *baiche*, equivalía a baile. Al desconocido o persona respetable, por cualquier concepto, que no se trataba de tú y se arrojaba (era el verbo que empleaban) a bailar, le animaban diciendo: *¡Beiche! ¡beiche!* El mismo cantar:

Beiche, señor Cura, beiche,
que Dios todo lo perdona,

confirma que el *beiche*, respondía al tratamiento de usted.

La noche antes de marcharse, al forastero se le obsequia con otro baile, que

hoy se llama *la despedida*, y que entonces se dijo darle *el queiso*. En el admirable artículo *El Pastor trashumante*, aparece *geiso* y el no menos interesante titulado *Los Montañeses de León, gueiso*. Ni una ni otra son palabras babianas, pero Gil y Carrasco, que, con su delicado oído y su fino espíritu de observación, tan exacta y bellamente supo recoger estas patriarcales costumbres, no cometió este error que, sin duda alguna, es una errata de imprenta, ya porque al escribirlas hiciese la *g* parecida a la *g*, ya porque las haya equivocado el cajista y olvidado él a corregir las pruebas.

Al baile de *la despedida*, en obsequio del que se ausentaba, se le llamó *queiso* en el dialecto de Babia. Y es natural que fuera este el nombre, por ser el postre, la última atención dispensada al que se marchaba.

El ferrocarril que trae los rebaños desde Extremadura hasta Astorga, y que obligando a los pastores a abandonar las antiguas *cañadas o cordeles*, les impide comprar en *las áridas llanuras de la Mancha las cintas de estambre fino*; en Rioseco de Medina, *los pañuelos, las agujas y cordones*, y en Rueda *proveerse de una gran bota*, ha contribuido a la desaparición de algunas de las costumbres pastoriles que describe Gil y Carrasco en los citados artículos.

Por lo demás, en este *lindísimo baile del país al son de panderas*, no se nota más que la desaparición de *castañuelas y de cantares numerosos y variados como sus fuentes y arboledas* de que habla Gil y Carrasco, y con esta desaparición, la de la curiosa y típica manera de sacar a bailar. El mozo llevando sus grandes castañuelas en un dedo de la mano izquierda y las de su pareja, (que eran mucho más pequeñas y artísticamente labradas), en el sombrero que sostenía con la otra mano, se las ofrecía al invitarla a bailar diciendo a la moza:

- Como no puedo mandar,
vengo a suplicar:
¿Quiere hacer el favor
de salir a bailar?

a lo que ella contestaba:

- Con mucho gusto y fina voluntad.

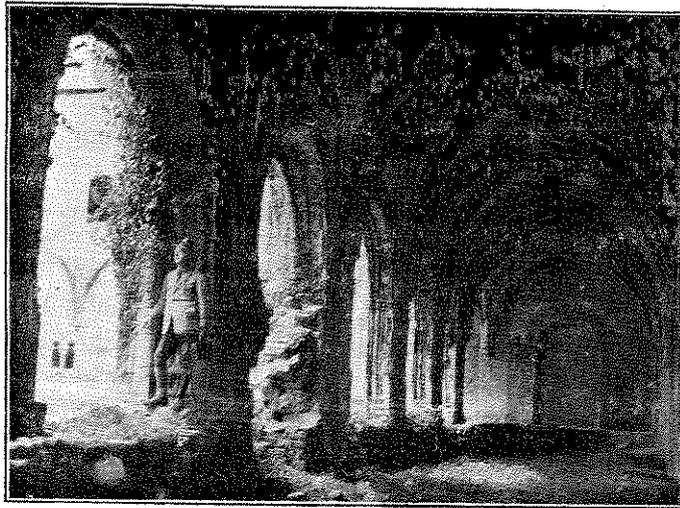
César GÓMEZ BARTHE

EL MONASTERIO
DE CARRACEDO

La secular mansión de Labades y príncipes es ya una gloriosa ruina, pero ruina triste, como el alma del poeta que la evocara, como la pena que sentía el corazón de D. Alvaro cuando arribó en busca de consuelo, como el vacío de una tumba que aún reclamase el cuerpo de Gil y Carrasco, que era suyo, contra la ley del destino.

Este monasterio fué la primera síma en que se hundieron las esperanzas de amor que un día espolearon el alazán del Señor de Bemibre; este monasterio debió ser también la tumba del genial cantor del Bierzo, del que nació para el arte al pie de otra tumba, la de Espronceda; del que amó en estrofas de ensueño el ideal de una belleza encarnada en doña Beatriz con inspiraciones de generoso romanticismo.

El sino de Gil y Carrasco hizo imposible que el poeta muerto fuese su lecho definitivo en lo que fué su mansión espi-

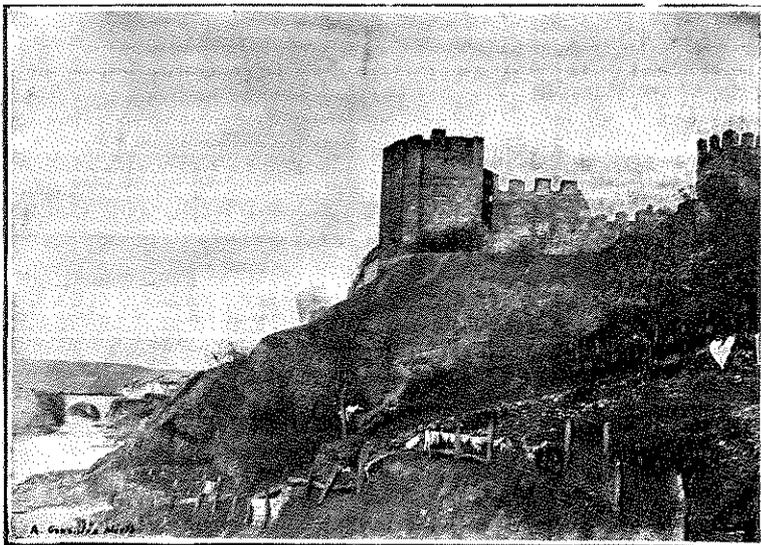


Poético claustro de la Abadía de Carracedo (Fot. M. Eguiazaraz)

ritual. Tal vez el claustro del monasterio, donde el romántico soñó, se hendió estremecido por la muerte de su cantor excelso en muy lejana tierra.

A pleno sol y en pleno estío lanzaba una tarde sus notas enamoradas un ruiseñor escondido en la vegetación lujuriosa que invade los contornos de la cámara regia donde quizás una infanta soñó también con muertos amores, muy cerca del pórtico maravilloso abierto a la naturaleza hecha jardín, y cuyos rústicos encubren las plantas trepadoras, engalanándolo porfiadamente. Sentado al pie de aquella maravilla, escuché al pájaro rey, admirado de oírle en aquella hora, pensando que acaso quien cantaba su regocijo a plena luz, fuera quien también increpase a la muerte, como el genio de Victor Hugo se encaraba con la noche diciendo: «¡Responde, acusada!»

La muerte consintió que se mostrase una



Vista del Castillo de los Templarios de Pontevedra (Fot. González Nieto)

vez más la ingratitud del corazón humano; que dejó morir y yacer en remota tierra a quien debió tener su descanso inmortal en su monasterio. El panteón, el único mausoleo de Gil y Carrasco, el que tal vez quebró de estar vacío, esperó al poeta inútilmente y se abrió a la propia ruina, ya que no pudo abrirse para ofrecer piadosa quietud a quien se sumía en la noche del espíritu.

Y el pájaro rey no puede evocar junto al poeta muerto el estro de su alma sublimemente enamorada.

H. GARCIA LUENGO

CASTILLO DE PONFERRADA

Historico pregón, de la que en tiempos atrás fué poderío de grandezas y dominios.

La acción del tiempo sobre tus muros y torreones ha sido demostradora, solo ya late en derredor de tu descarnado esqueleto, el alma de una raza, brava e indómita que lucha por conservar su imperio contra todas las intrigas de una corte en decadencia.

Como tus muros, tus caballeros hubieron de rendirse. El tiempo los venció. En muchas noches de la belleza estival del Bierzo, sobre tu orgullosa torre del homenaje, campea al viento el fantasma imponente de los Templarios y su grito estridente de dominio y poderío estremece la calma de la fértil ribera que tu altura abarca.

¡Como fueron tus dueños y señores, no se darán más hombres en la tierra! Tal os cantó en su prosa el más preclaro escritor del siglo XIX, Enrique Gil y Carrasco.

Alfonso de UREÑA

CASTILLO DE CORNATEL

Ante los ojos, de estúpido asombro, del viajero que goza la dicha de contemplarte, deslumbras aún con tu rica miseria.

Todos, cuando te vieron majestuoso y altivo como un girón de glorioso, de noble historial, abafieron ante tí su pensamiento y añoraron tu esplendoroso pasado.

Pero jamás nadie supo verte como el juglar de tu poema; sólo Gil Carrasco te vió, altivo, dominando con tus ruinas la grandeza de esas montañas que te guardan como un tesoro a la vista codiciosa del turista: bello, asomando coquetón tu torre del homenaje al borde mismo de un tenebroso y pintoresco precipicio: valiente, pareciendo aun desafiar el valor indomable de los bravos cabreireses que otra vez tuvieron la osadía de querer dominar tus piedras, y orgulloso, pareciendo lanzar tus ruinas al viento como si quisieras, en tu ocaso, desafiar la furia de los elementos que parecen ensañarse en tus muros derruidos.

Solo él supo verte así, y sólo él supo así cantarte.

Hoy de tus legendarios valor, belleza, alivez y orgullo, sólo quedan; como mudos testigos, esas cuatro piedras que a penas sirven para indicar, al que te visita, el nido fantástico que tuvo la gloria de cobijar aquellos aguiluchos de pecho tan pétreo como la roca que te sirve de cimiento. Y hasta la naturaleza, inclemente, parece tener interés en tu ruina, y las lluvias y el vendaval baten furiosos tus desmanteladas paredes.

Pero, eso sí; aún te quedan amigos en tu desgraciado ocaso. Acompañando tu miseria; aún vive aquel tranquilo lago que un día supo, fiel, reflejar tu poética grandeza. Su vista debe ser para tí el recuerdo amigo que fiel nos consuela y acompaña en la desgracia. Aún canta tu poema, besando constante tu pié, aquel impetuoso arroyo que un día mezcló sus aguas con la sangre de tus asaltantes. Y por si ésto fuera poco a compensar tu vejez, recuerda que hubo un poeta, que con su pluma, sembró el bello recuerdo de lo que fuiste, entre las generaciones.

Y sabe que en tu dormida ruina, ante la naturaleza que en silencio presides, el viajero se descubre reverente, posa su pensamiento sobre tus piedras, y, cual en otros tiempo Gil y Carrasco, entona una estrofa a tu recuerdo, que va mezclarse con el poema que, constante, teje a tus piés en lengua exótica el impetuoso arroyo, como juglar fiel que quiere hacer olvidar a su señor la pena que producen la grandeza y bienandanza pasadas.

J. ARAGÓN ESCACENA

C A R U C E D O

(FANTASIA)

I PAISAJE

Bajo un cielo teñido de rosicler y gualda
tiende el lago su manto de rizado cristal,
y, en su torno, los montes tejen una guirnalda...
¡Es el lago un espejo del mundo sideral!

La gran naturaleza se muestra allí bravía,
y, aunque con gesto adusto, parece sonreír.
Es su estética recia la suprema armonía
de lo hermoso y lo bello que se intentan fundir.

Hermoso, cuando en calma, tiende la noche bruna
sus collares de estrellas en su vasta extensión,
y ríela en sus aguas el fulgor de la luna...
¡El yo oculto del paisaje se halla en meditación!

Bello, si la mañana
teje su filigrana
con hilillos de luz
y una alondra desgrana
la sonata galana
de su laud.

II EVOCACION

Carucedo, tu leve superficie rizada
guarda el llanto de fuego de un alma enamorada
bajo tu manto de cristal.

Ella, la más divina, la más triste y hermosa
te dejó una leyenda sentida y generosa,
y, la leyenda esa,
en tu seno esta presa
con el joyel de un madrigal.

III MADRIGAL

Junto a tu ribera brotaba una rosa
primorosa,
y un jazmín la amaba muriendo de amor,
rimando sentidos rondeles y arias
para en las tranquilas noches solitarias
cantar su dolor...

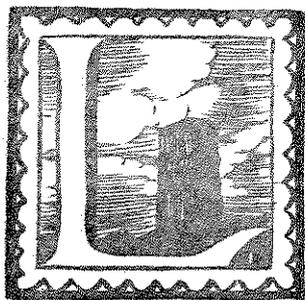
.....
Más murió la rosa,
y murió el poeta, su fiel trovador,
y en tu superficie tersa y misteriosa,
quedó el perfume que dió la rosa
y el alma errante de su cantor...

IV VISION

En la profunda noche, cuando surge la luna,
los sátiros ocultan la horrible faz capruna;
un sisfro dulcemente entona su canción,
y al rielar de la luna, en la plateada huella,
se ve el fulgor radiante de clara y pura estrella,
¡es Beatriz que persigue su dorada ilusión!...

José M.^a LUENGO

¡ SEAMOS ROMÁNTICOS !



Las realidades de la vida actual no cabe duda que alejan el espíritu de los románticos en sueños que tanto contribuyen al embellecimiento de la existencia.

Se vive en un ambiente de egoísmo, de satisfacción material, de goces realistas. En el tráfico de actividad y labor, de movimiento y rapidez, característico del medio ofrecido a las generaciones del día, forzosamente tenía que desarrollarse la ansiosa busca de compensaciones que la industria pone al alcance de nuestro deseo, sin que su conquista y disfrute impongan sacrificio. Y, como lo que cuesta es lo que vale, no hay exageración en afirmar que el progreso moderno en el orden material ha quitado valor y rebajado la cotización a la mayor parte de las satisfacciones.

Rezagado de los tiempos viejos resulta hoy el que felizmente sabe gustar la dulcedumbre de las cosas pretéritas; iluso el que, por su fortuna, al abstraerse de las miserias que le rodean, tiene bríos bastantes en el espíritu para levantar su torre de marfil en elevado cerro, nidial de las águilas fuertes, dominadoras de las alturas.

Contribuye a la extinción del romanticismo sano el alejamiento del verdadero paisaje, del escenario que corresponde al estado de ánimo. En esas avenidas urbanas, de casas iguales, amplias aceras y ruido de tranvías y bocinas de automóviles, desentonarían las exaltaciones de un espíritu soñador.

En cambio, alejan la idea de todo prosaísmo esos monumentos grandiosos, obras del genio en matrimonio con la fé de los hombres de los pasados siglos, esos castillos y fortalezas, voceros de hazañas y leyendas, esos paisajes grandiosos de

la montaña brava, esos rincones mimosos, dulces, floridos, apacibles que hacen de nuestra imponderable región berciana un verdadero paraíso.

Leyendo las obras de Gil Carrasco, quien conoce ese Bierzo inspirador, tiene forzosamente que asociar al recuerdo del poeta y novelista y al de su obra el de la región que tuvo la suerte de servirle de cuna. La obra de Gil Carrasco es un brote del país: pasan por sus novelas las brisas embalsamadas del florecido vergel berciano; y en la delectación de la pintura del paisaje de su tierra se ve el reflejo de la influencia ejercida en su alma delicada por la visión de las sugestivas bellezas que contemplara su retina en los primeros años de la infancia feliz.

El sano romanticismo que da vida a los caballeros de sus obras inmortales, es berciano también. Ahí están los castillos heroicos guardadores de la leyenda dorada, pidiendo a la fantasía creadora del novelista las maravillosas hazañas en lides de armas y batallas de amor.

Por eso siendo la obra de Gil Carrasco universal, es muy principalmente leonesa y berciana, y a León y al Bierzo cabe la mayor satisfacción y el preferente honor de ella.

Yo al dedicar estas breves líneas al poeta, no puedo menos de recordar con cariñosa veneración a su sobrino mi catedrático de Derecho político el Sr. Gil Robles, otro espíritu selecto también, enamorado de esta tierra, cuyo sólido prestigio de maestro ejemplar y pensador eminente le ha hecho acreedor a la admiración de sus contemporáneos y a los justos encomios de la crítica depasionada é imparcial, no siendo el último de la familia de nuestro recordado poeta que pasa a la posteridad con la aureola de los eminentes, puesto que aún quedan miembros de ella de indiscutibles merecimientos.

Miguel CANSECO

G I L Y C A R R A S C O , A R T I S T A



demás de un delicadísimo poeta y del mejor novelista romántico español Gil y Carrasco es, principal y casi únicamente, un fervoroso apasionado de las Bellas Artes, un

crítico, un investigador artístico, un entusiasta arqueólogo, un infatigable turista siempre recorriendo museos y visitando monumentos de arte, un *diletanti* musical y en pintura un inteligentísimo *amateur*, una verdadera autoridad crítica, conocedor de escuelas, estilos, autores y de obras en incalculable número, pues no ha dejado cuadro por ver, puede decirse, en los museos de España, y en Francia, Bélgica, Holanda y Alemania.

Asombra la competencia artística, la erudición arqueológica de que, en general, da relevantes muestras en todas sus cartas y artículos, siendo esto más de extrañar que sus bellísimos versos y preciosas novelas, fruto espontáneo, al fin, de su rica inspiración y vasta fantasía. Mientras que sus juicios, opiniones, análisis y estudios sobre monumentos arquitectónicos de diferentes épocas, sobretallas y esculturas, cuadros y pintores, músicas y canciones, no se explican fácilmente — dada su formación cultural en conventos y seminarios y pobres posadas estudiantiles — sinó suponiendo, y ello es un hecho cierto, que aquel muchacho de 22, de 24 años, tenía un alma dotada de una sensibilidad exquisita, toda amor injulivo a la belleza, una vocación artística innata, y un poder enorme de asimilación con el que, rápidamente, enriquece y esmalta el espíritu, alcanzando la finura de percepción de las mentalidades de *élite* y un sentido estético tan depurado como un griego de la época de Pericles.

Fueron, principalmente, las lecturas, las relaciones con literatos y las visitas a los Museos, en el breve período en que terminaba su carrera de Abogado, en Madrid, las que bastaron a esta precoz inteligencia para documentarse y adquirir todo el ba-

gaje de la crítica entonces en boga, descollando muy pronto en la literatura y extendiendo a sus colegas y maestros en la artística, no en profundidad técnica, pero sí en gusto depurado, brillantez de estilo, amplitud de ángulo visual y originalidad, ya que es el primero en describir y estudiar algunas bellísimas obras de arte no conocidas ni reseñadas en publicaciones anteriores.

La bibliografía y crítica de arte general, tiene mucho que agradecerle, pues no queda apenas iglesia, cuadro, ni estatua del norte de Francia, Bélgica, Holanda y parte de Alemania de que no haya datos en ese tomo segundo de sus obras, que es todo él un gran inventario artístico. Pero nosotros, los leoneses, somos sus más grandes deudores ya que nuestros monumentos de arte tienen en este gran escritor un exaltado panegirista, un sagaz investigador, un defensor entusiasta...

Gracias a sus descripciones conocemos, por ejemplo, detalles artísticos del Castillo de Ponferrada, ya desaparecidos, que son de un interés extraordinario. De otros esbeltos edificios, como de la iglesia de S. Pedro de Montes, con su retablo de pinturas flamencas, fué él quien primero habló, así como de la estupenda de Santiago de Peñalba, con arcos árabes, dos absides opuestos y cúpula central; donde vió el famoso cáliz de San Genadio, hoy en París. Los templos románicos de Corullón, con las dos estatuas estofadas que después se trajeron a nuestro Museo de San Marcos, el Monasterio de Carracedo y la preciosa Cámara de D.^a Sancha; las Médulas romanas, Bérgidum; los Castillos de Bembibre, Cornatel, Corullón y el grandioso de Ponferrada, que nadie antes había historiado; Astorga y su magnífico retablo de Becerra, todo es reseñado, analizado, ponderado y divulgado en una prosa fluida e impecable, por este vehemente admirador de las Bellas Artes. Trafa de todo con un gran entusiasmo por nuestros monumentos que le duele en el alma ver medio arruinados y desconocidos, lo que refiriéndose a Peñalba le obliga a decir que «si la historia de los monumentos de un país es la historia de su civilización, su historia, en fin, escrita en las más bellas páginas posibles muy amargo y des-

consolador es ver que se van borrando las más elocuentes, sin que haya una mano benéfica que se ocupe en sacarlas a la luz pública.

El hizo, en primer lugar, esta gran obra de cultura y patriotismo, y además, por causa de sus escritos, se han publicado monografías de extraordinario mérito acerca de ese templo de Peñalba, que hoy es tan conocido en el mundo de la arqueología, como cualquiera de las más famosas construcciones mozárabes del siglo X.

Pero si la provincia desfila por las páginas de Gil y Carrasco con sus castillos, iglesias y demás antigüedades romanas o medioevales, hasta Lancia, Mansilla con sus murallas y la famosa Abadía de Sahagún; la ciudad irrumpe magnífica con sus deslumbrantes bellezas artísticas, arrebatando de entusiasmo la pluma de este eterno enamorado del arte. La historia de la Legio VIIª y luego el estudio de nuestra gran basílica románica de San Isidoro y del gran palacio plateresco de S. Marcos, con sus fachadas, iglesia, sacristía, coro y relieves de la portada, todo merece especial atención a este joven poeta; pero, principalmente, la Catedral «verdadera joya de la ciudad», le entusiasma y la describe desde el ábside donde «es difícil imaginarse líneas más puras, mayor esbeltez» hasta la fachada principal y esculturas de las portadas «páginas de muy subido precio en la historia del arte». Habla de las vidrieras, coro y trascoro, la cúpula que entonces afeaba el crucero, el retablo churrigueresco, los dos cuadros notables de la sacristía, uno flamenco el del Castillo de Emaus y el otro atribuido a Corregio; de las dos malas copias «despiadadas caricaturas» del Juicio final y la Virgen del Pez; del claustro, etc., etc.

Después, viéndole analizar cuadros de Rubens, Van-Eych, Van-Dyck, Jordaes, Vinci, Rafael, Velázquez, en su viaje por Bélgica y Holanda, viéndole estudiar todas las catedrales y Abadías, desde la de Saint-Ouzen, todos los monumentos, esculturas, mausoleos, pinacotecas, etc., se adquiere aún más el convencimiento de que nuestro célebre escritor, no quiere pasar por filósofo, ni economista, ni siquiera por diplomático, aunque esta fué su profesión, sino principal y acaso única y exclusivamente por artista, por hombre de alta idealidad, que posee en grado eminente el sentimiento de lo bello, ávido siempre de placeres estéticos que llenen de puras emociones su alma soñadora...

Y además de esta excelsa categoría mental, su cariño filial a esta tierra leonesa, nos hace naturalmente, más sugestivos y atrayentes sus libros. En la Catedral de Rouen, recuerda que «ni la sillería del coro, ni las vidrieras sufren comparación con las de León». En otra ocasión añade: «Hasta el día no he encontrado en lo que llevo corrido de Francia portadas iguales a las de la Catedral de León que no parecen sino otras tantas páginas del Apocalipsis y del Dante». Los caminos de Coblenza, allá en Alemania, le recuerdan los del Bierzo y los montes de Peñalba; en San Goar y en Binfgen viendo un precioso valle dice «no iguala a muchos que he visto en la provincia de León».

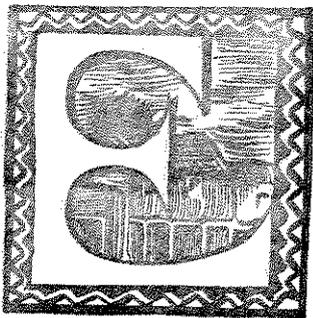
Este era el hombre; un joven poeta esquisito enfermo y soñador con las características de su amor a la tierra natal y su pasión por el arte (un alma de artista)

Loemosle: es más que una gran ilustración leonesa, ¡su nombre hace honor a la patria entera!

Miguel BRAVO



ALGO QUE PUEDE HACERSE



arique Gil y Carrasco que se dió a conocer al mundo de las letras en el periódico literario «El Pensamiento» colaborando con Espronceda, Miguel

de los Santos Alvarez, Ros de Olano y otros hombres ilustres, llegó a ser uno de los poetas más distinguidos de su época por su imaginación esplendorosa y por sus dotes excepcionales. Pero la obra más famosa, la que perdurará indudablemente, es su hermosísima novela «El Señor de Bembibre».

Se siente en esta novela, algo olvidada, la honda palpación de todo un pueblo fuerte. Llena de un bello ideal cristiano, campean en ella los nobles sentimientos de una raza de gran temple, se aspira en ella el aroma exquisito de nuestra hidalga tierra, hay en ella evocaciones fuertes y saludables para nuestra alma algo adormilada. En sus páginas, de vigorosa inspiración, se perciben las vibraciones de algo grande que languidece en esta época de valores morales no muy altos, en esta época, algo necesitada del sano romanticismo de este inspirado poeta.

Hay una casa editorial española que acordándose de los niños, que lanzando una mirada piadosa al mundo de los pequeños, ha puesto al alcance de las infantiles inteligencias una hermosa colección de obras maestras de los más excelsos escritores. Hacía falta, indudablemente, esto en la Escuela, harta de una serie empalagosa de libros, de escaso valor educativo y literario, generalmente, que llevan la aprobación del Consejo de Instrucción pública.

Pues bien; al lado de esa hermosa colección, junto a la *Iliada* y la *Odisea*, de

Homero; la *Eneida*, de Virgilio; *La Divina Comedia*, de Dante, *El Paraíso perdido*, *Las Lusiadas*, *Guillermo Tell*, *Historias de Shakespeare* etc., ¿haría un mal papel *El Señor de Bembibre*, obra verdaderamente española, genuinamente española, donde palpita el genio de la raza, adaptada para los niños españoles? Los niños habían de contestar definitivamente a esta pregunta, pues en materia de libros de lectura para la infancia, el gusto de los niños dice la última palabra, su instinto infantil, sano, naturalmente, decide, pues es un gran guía del educador. Esa obra, para los hombres, frente a las anteriores citadas, podrá ser muy inferior; para el mundo de los niños, muy diferente del de los adultos, quizá no. Creo firmemente que *El Señor de Bembibre*, convenientemente adaptado para la Escuela, sería admirablemente recibido por la población infantil. Este libro traería a los niños los aires puros de la tierra y de la raza; inyectaría en sus almas infantiles la savia vigorosa de un sano idealismo; elevaría con las bellezas literarias de la obra, la exquisitez de los pensamientos de ella, el espíritu sencillo y plástico de los niños.

Libros de esta índole, que llegan a penetrar en el alma infantil, realizan una alta labor educativa: despiertan en los niños la afición a las buenas lecturas. Hacen que el niño sepa distinguir lo bueno de lo malo que se imprime; apartan, poco a poco, su alma de la ordinariez y del mal gusto, dando a su espíritu cierta delicadeza y distinción, y le separan de las lecturas perniciosas. Estos libros, en fin, adaptados para la Escuela son una excelente higiene moral e intelectual. Quien realice esta labor meritoria, por consiguiente, merece el aprecio y respeto de los hombres buenos que de verdad aman al niño.

¿No habrá un literato eminente que lleve a cabo esta adaptación? ¿No habrá tampoco una casa editora que quiera hacerlo?

Luis C. RAMOS

EL HOMENAJE A GIL Y CARRASCO.

De poco tiempo a esta parte el homenaje de Gil y Carrasco ha sido tema obligado en las diversas *peñas* de la intelectualidad leonesa, de acuerdo siempre en que León, tenía una deuda que saldar con el ilustre poeta berciano.

Reconociendolo así, también la Diputación provincial ha querido cooperar a este homenaje y, en sesión de 3 de abril del presente año, acordó por unanimidad secundar económicamente la labor de la *encuesta* pro Gil y Carrasco.

He aquí copia de los párrafos del acta en que consta tal acuerdo.

•Vista la instancia dirigida a esta Diputación por D. José María Goy en su propio nombre y en representación a la vez de los Ilmos. Sres. Marcelo Macías y don Severo Gómez Núñez, en la que poniendo de manifiesto un pausible entusiasmo por el reconocimiento y exaltación de los valores intelectuales de esta provincia, solicita el concurso de la Corporación al homenaje que debe celebrarse en honor del preclaro escritor D. Enrique Gil y Carrasco, excelso poeta y novelista regional, cuya pluma puso de manifiesto el acendrado cariño a esta tierra por él pintada con el brillante colorido de la inspiración y del sentimiento, se acordó por el momento contribuir con la cantidad de mil pesetas a la suscripción que se inicie para los gastos del referido homenaje, adquirir un retrato del inspirado autor de «El señor de Bemibre», artística obra de otro merilísimo leones D. Arturo González Nieto, con la que los Sres. Diputados han tenido la feliz oportunidad de apreciar el buen gusto y acierto de este artista, que se complacen en reconocer, y asociarse desde luego a los actos que se organicen, estimando que nadie mejor que los seño-

res Goy, Macías y Gómez Núñez podrían llevar la dirección de ellos, para lo que habrían de encontrar las mayores facilidades en sus entusiasmos, aliento del público y cultura de nuestra provincia».

A nuestro juicio, el homenaje *debe consistir en primer lugar* en hacer una edición económica y profusa de las obras de Gil y Carrasco, para que pueda ser conocido por todos, el ilustre cantor de las bellezas de esta tierra. Para ello puede tomarse por base la cantidad acordada por la Diputación, a la que se sumarán el producto de suscripciones en España y en América, a las que concurrirán por lo menos todos los leoneses y las diversas corporaciones intelectuales.

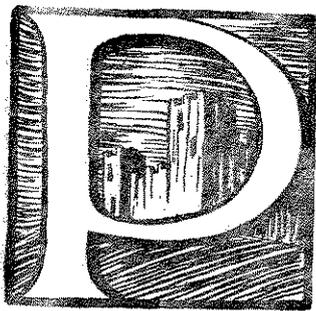
Después de esto debe de tratarse de confeccionar un libro de lectura para las escuelas, para que en «El Señor de Bemibre» puedan los niños leoneses aprender leonesismo, y los niños españoles puedan sacar de él hermosas lecciones de patriotismo.

Realizado lo anterior, debe colocarse, y esto ya el Ayuntamiento villafranquino debía de haberlo hecho hace muchos años, una lápida en la casa en que nació y pasó su niñez Enrique Gil y Carrasco.

Mientras todo esto no esté realizado, consideramos inoportuno el pensar en levantar monumentos; el homenaje al poeta en berciano debe consistir principalmente dar a conocer su obra, para que si algún día llega el monumento a erigirse, sepa el pueblo, todo quien es, y lo que hizo Enrique Gil y Carrasco.

Con este fin de dar a conocer al pueblo la personalidad de Gil y Carrasco, es con el que *Vida Leonesa* publica este su número homenaje.

CARTA ABIERTA A TRES INTELLECTUALES EMIGRADOS (1)



Por los diarios y revistas que desde hace tiempo estáis recibiendo, os habreis enterado de la patriótico-cultural campaña que el pasado verano iniciamos

aquí unos amigos, que también lo son vuestros, con el fin de glorificar la memoria de aquel nuestro preclaro paisano que se inmortalizó el día que alumbró esa joya de la Literatura histórico-romántica que se llama «El Señor de Bembibre», que es, a mi entender el áureo broche que cierra esta clase de letras del pasado siglo.

Iniciamos la campaña en las columnas de «La Luz de Astorga» que nosotros denominamos «nuestro taller», y como en nuestros pobres primeros escritos tuvimos el acierto de aludir, para que nos ayudaran en nuestra tarea, al sabio polígrafo astorgano M. I. Sr. D. Marcelo Macías, Delegado Regio de Bellas Artes y exdirector del Instituto de Orense; al excelentísimo Sr. D. Severo Gómez Núñez, General de artillería, y al M. I. Sr. D. José María Goy, Maestrescuela y Vicario General de la Diócesis de Santander, tuvimos la gran suerte de que estos tres amicísimos, berciano benemérito el segundo y los otros dos maragatos pero muy amantes de nuestra sin par región, se pusieran incondicionalmente a nuestro lado para ayudarnos con todas sus fuerzas.

Empezó el sabio D. Marcelo haciéndonos en aquellas mismas columnas una magistral biografía de nuestro inmortal bardo, la cual está reproduciendo ahora el bercianísimo periódico «Revista de Altos Ideales del Bierzo y de Lacedana» «El Templario», que como indica su nombre se publica en Ponferrada.

Siguió el amigo Goy con otra maravi-

llosa que está publicando en el colega «El Pensamiento», y el general nos ha dirigido preciosas cartas, que hemos publicado aquí, animándonos a proseguir adelante, sin desmayar, hasta conseguir el fin que nos propusimos, que no es otro que procurar por todos los medios que España, nuestra amada Patria, salde de una vez y para siempre, la deuda contraída con aquel nuestro inmortal paisano que con sus inimitables obras dió tanto brillo a la tierra que le vió nacer y a la que tanto amó.

Aunque lo sepáis y lo recordéis quiero haceros aquí un detalle biográfico de nuestro preclaro vate, debido al entrañable amigo Goy: Dice así:

RESUMEN DE LA VIDA DE ENRIQUE GIL

Nacimiento.....	15 de Julio 1815, Villafranca
Bautismo.....	17 de id. 1815
Estudios con los padres Agustinos...	1824 a 1829, Ponferrada.
Estudios con los padres Benedictinos.	1829 a 1830, Espinareda.
Estudios Filosóficos.	1830 a 1831, Astorga.
* Jurídicos...	1832 a 1833, Valladolid.
Suspensión de estudios.....	1834 a 1836, Ponferrada.
Estudios en Madrid..	Septiembre 1836 a 1839 Madrid.
Publicación de «La Goia de rocío»...	17 Diciembre 1837, Madrid.
Diversos escritos...	1837 a 1844, id.
Enfermedad y estancia en el Bierzo...	1839 a 1840,
Nombramiento secretario Legación de Prusia.....	23 Febrero 1844, id.
Publicación de «El Señor de Bembibre»	Otoño 1844, id.
Enfermedad.....	Verano 1845, Berlín.
Presentación de «El Señor de Bembibre» al rey de Prusia...	25 Diciembre 1845, Berlín.
Ofrecimiento de la Medalla de Oro...	14 Febrero 1846, id.
Envío oficial de la Medalla de Oro...	16 Enero 1846, id.
Muerte.....	22 Febrero 1846, id.
Entierro.....	23 Febrero 1846, id.

Supongo que también sabréis y recordaréis, por haberlo leído mil veces, que hace bastantes años, encontrándose en Berlín el joven diplomático y brillante poeta D. Eulogio Florentino Sanz, celebrado autor del drama «D. Francisco de Quevedo», paseando a orillas del Spree, se encontró en un magnífico jardín con profusión de flores, el cual resultó ser un cementerio, en donde a los pocos pasos encontró, acaso sin buscarla, la tumba de

(1) D. Antonio Gago González, en Valparaíso (Chile) y mis parientes D. Rigoberto Segado Alvarez, profesor nacional argentino en Timote F. C. O. (R. A.) y D. Amadeo Courel y L. Carvajal, redactor de «La Capital» y celebrado autor de la novela «Los Bandoleros del Sur».

nuestro vate semi abandonada y sin una flor, y como se acordara, sin duda, del delicioso canto que Gil y Carrasco había dedicado a «La Violeta», escribió aquella memorable y bella poesía titulada: «Epístola a Pedro», dedicada a Pedro Antonio de Alarcón, en la que deslizó este trozo que no honra mucho a España, que tenía casi olvidado a nuestro más que ilustre paisano, que tanto brillo había dado a las letras patrias:

*«Más sola allí, sin flores, sin verdura,
bajo su cruz de hierro se levanta de un hispano cantor la sepultura.»*

«Delante de su cruz tuve mi plania y soñé -que en su rótulo leía: *Nunca duerme entre flores quien las canta.*»

¿Nunca?... Sería una vergüenza berciano-leonesa-nacional.

Los nuevos cruzados del *Bergidum Flaviium* venimos a querer borrar ese nunca que es el baldón para España, para León y para El Bierzo, en cuyo seno vino al mundo el ilustre autor de «*La mejor novela histórico romántica del siglo pasado.*»

El célebre novelista escocés Walter Scott, mereció que su maravillosa novela «*Quintín Durward*» tuviera el alto dictado de «*Modelo de novelas históricas.*», y nosotros los nuevos cruzados: *Queremos para «El Señor de Bembibre» el honroso título de «Modelo de novelas histórico-románticas.*

Queremos que el Estado tome a su cargo, o por lo menos patrocine, la publicación de una edición económico-popular de esta novela-pirámide, cuyo precio no debía exceder de 0,50 pesetas para que pudiera ir a parar a todas las manos, y aún mejor, que se repartiera gratis a todos los españoles.

Queremos que el Estado encargue a personas competentes la adaptación de nuestra obra, para que pueda servir de libro de lectura en las Escuelas, por lo menos del Bierzo, porque como la obra es un maravilloso tapiz de nuestra sin par región, aprenderían los niños a amar al Bierzo y a ser bercianos de corazón.

Queríamos repatriar los restos de nuestro admirado y querido paisano, pero como esto ya no es posible porque en la tumba ante la que le cantó tan maravillosamente D. Eulogio Florentino Sanz, ya no están sus despojos y sí los de un señor Müller (algo como el Pérez español) *por falta de renovación de sepultura.*, y como no escaso de buscarlos en la fosa común:

Queremos, que ya que no pueda ser panteón en donde «*por la noche la virgen de los Valles fuese a colocar sobre su tumba una violeta.*», como él dijo en su celebrada composición a estas abundantes y olorosas de este jardín delicioso que le

vió nacer, que sea monumento a donde podamos ofrecerle nuestras violetas, no solo las ideales vírgenes de los valles bercianos, sino también los *nuevos cruzados del Bierzo* y todos los berciano-leoneses-iberos amantes de España:

Queremos...

Pero no vale querer, es preciso poder. ¿Podremos? Yo creo que sí vamos a poder.

Para eso, para poder es esta «*Carta abierta.*»

En una de sus cariñosas e ingenuas (claro, es un niño grande con fajín de general) a mí dirigida y allí publicada, me decía D. Severo, mi querido D. Severo, el berciano más berciano que ha visio el aurífero Sil, las siguientes palabras;

«Tú eres el llamado a despertar el entusiasmo y el calor para nuestra idea en Sudamérica, escribiendo algún artículo para los periódicos en que allá colaboras.»

«En aquellas repúblicas hijas de la Madre común, laten millares y millares de corazones hermanos que están dispuestos siempre, tanto como los nuestros, a ayudar a los de acá en toda empresa noble y generosa de nuestra querida España.»

«Y no creas que al decir esto me refiero sólo a nuestros emigrados, no; el mismo entusiasmo o mayor si cabe tienen para las cosas de España casi todos los sudamericanos que saben que somos hermanos y ya han dado al olvido que hace siglo y medio la madre era para ellos madre.»

Siguiendo el consejo del ilustre, admirado y querido general-paisano, «sobre el pucho» hice sendos artículos para «*La Opinión Española*» de Río Gallegos, y para «*La Capital*» de Mar del Plata, cuyas columnas me son propicias, y ahora desde VIDA LEONESA, me dirijo a vosotros para que propaguéis esta patriótico-cultural idea del homenaje a nuestro inmortal paisano el autor de «*El Señor de Bembibre.*»

Y si es cierto el aforismo aquel que dice: «*Ausente apaga el fuego chico y aviva el grande.*» (cia es aire,

Entonces nosotros tenemos obligación ineludible de ayudarnos con todas vuestras fuerzas que son muchas, no solo en calidad de berciano-leoneses-españoles, sino también como intelectuales y por ende amantes de las gloriosas Letras patrias.

Si cumplís como esperamos, ingresaréis por derecho propio en esta *Secta de Nuevos Cruzados del Bierzo Pro Cultura.*

PRADO-LUENGO

Secretario de Encuesta

• EL SEÑOR DE BEMBIBRE • EN AMÉRICA (1)

Por su fuerza y originalidad «El Señor de Bembibre» puede considerarse como la mejor novela histórica que se ha publicado en España durante el siglo decimonono. Aunque nos sentimos siempre en presencia de un poeta Gil no decae en la desmayada prosa poética; antes bien, reúne todas las dotes de la invención romántica, fuego, brillantez y colorido, que hacen verdaderamente encañadora la lectura de su obra maestra.
(Fitzmaurice Kelly, Historia de la Literatura Española, pág. 518 de la traducción castellana.)



a edición de esta joya literaria, cuya lectura se brinda, especialmente a la juventud dedicada o entretenida digamos, por las formas y modales de un modernismo malsano, obedece a cierto meditado plan para encauzar una corriente estética de significado valioso. La teoría del arte por el arte, regla de tipos mentales que asocian imágenes e ideas y elaboran procesos psíquicos imperfectos, no pueden conducir sino al campo de los decadentes, donde todo concluye porque nada se representa, relaciona y legisla.

La concepción artística no se tiene sin que el espíritu peneire en alas de la inspiración a las esferas sensible y superable y aprehenda la belleza que trata de realizar de acuerdo con el yo pensante, y pensando siempre, también en los fenómenos precedentes de experiencias inmediatas, ligadas según leyes que uniforman relaciones de representaciones elementales. Es así, como se podrán estimar valores, considerando las operaciones del espíritu, de las cuales resultan cualidades artísticas y se reconoce en el autor personalidad para la creación que ha realizado.

La estética como la moral, son condición indispensable del hombre, y sus perfeccionamiento en este sentido no procede de amontonar espacios y tiempos, nú-

(1) Prólogo y juicio crítico de la edición de «El Señor de Bembibre», hecha en Buenos Aires en 1910, imprenta, litografía y encuadernación de P. Kraft, Cangallo 641.

meros y sucesos, sino por elaborar ideas, crear conceptos y sistematizarlos.

La novela histórica «El Señor de Bembibre» de Enrique Gil y Carrasco, es un modelo de obra literaria que responde a las condiciones o leyes de la creación artística y revela las características de la personalidad en el arte. Enrique Gil y Carrasco, fué el joven y dulce poeta de la época romántica, cantor del Sil, cuya corriente serena, movió en su conciencia, los graves resplandores de las ondas claras y arenas doradas, para significar con una música sentimental la delicadeza y melancolía de su alma, transportada a regiones superiores, perfumadas en el suave aroma de una resignación hechicera. Así lo revelan sus versos:

•Mujer fueron los días de mi gloria,
los días de mi bella libertad,
vagos ensueños de oriental historia
Abril que ya se hundió en la eternidad. •

•Sólo un recuerdo bello se levanta,
entre nieblas húmedas y olvido,
voz solitaria que apacible canta,
cascada de dulcísimo ruido.

•Día feliz de amor y de ignorancia
en que lalió mi virgen corazón,
pasó como los juegos de mi infancia,
dulce como mi tímida pasión... •

¡Oh, morir sin llevar una esperanza,
abandonar la vida, el aire, el sol,
los azulados mares en bonanza
del occidente el mágico arrebol.

Temblar a tu desprecio y a tu olvido
como palma que azota el huracán...
tal miseria y dolor no ha conocido
pacífica doncella sin afán! •

Y cuando dice:

Quizá al pasar la virgen de los valles
enamorada y rica en juventud,
por las sombrías y desiertas calles
do yacerá escondido mi ataúd,
irá a coger la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá, ¡pobre poeta,
ya está callada el arpa del amor!

•Este poeta lírico tenía el secreto de la grandeza, que representa saber elevarse a

las esferas superiores, y sentirse en la exaltación mística del amor más puro que inspira su sedante frase, propia del lenguaje expresivo de un ánimo sereno, melancólico y bueno. La prosa con que describe la reconstitución histórica adornada con hermosa fantasía, es tan poética como sus versos*.

Justifican mi determinación, los importantes juicios de Menéndez Pelayo y Fitzmaurice Kelly que confirmaron la muy buena impresión que me causó la lectura de este singular y escaso libro, prologado esta vez por un joven estudioso y juzgado por el maestro Dr. Carlos F. Melo, cuya autoridad realza lo meritorio de estas enseñanzas.

Elias Martínez BUTELER

JUICIO CRITICO

El Dr. Martínez Buteler ha querido asociarse a la generosa tarea de difundir los buenos libros, que ha iniciado animosamente con la publicación de la novela de D. Enrique Gil y Carrasco «El Señor de Bembibre» pidiéndome le diera para ella unas palabras liminares.

Pocos son en nuestro país los que tienen de D. Enrique Gil otra noticia que la de su amistad con el gran poeta Espronceda, y muy pocos los que han leído esta obra de maestro «El Señor de Bembibre» mezcla de realidades y de ensueño en donde la suave belleza de los países del Bierzo se anima con la viril figura de los últimos Templarios españoles y se ennoblee con la melancolía de una accidentada y triste historia de amor.

*Tal desconocimiento no es extraño. La verdadera crítica, el estudio elevado y sereno de las obras literarias ha desaparecido de nuestro país, y en vano volveríamos los ojos buscando sucesores a don Juan María Gutiérrez; pues la censura y el elogio son hoy únicamente unidades de

cambio, monedas con que se compra la revancha el nombre*.

Este empieza a llegar ya para Gil en Europa, y basta como ejemplo, recordar lo que de su mejor libro, éste que el doctor Marañón edita, dicen los Sres. Menéndez y Pelayo y Fitz Maurice Kelly, es menester pues, ahora trabajar también, para que en los pueblos americanos de habla española se le conozca y se le estime.

La simpatía que despierta por su vida tan breve, se acrecienta cuando se conoce mejor por sus versos la noble delicadeza de su fisonomía mental, y se exalta hasta la admiración, cuando desasidos del ambiente y entregados a los encantos de la novela, recordamos que, esta conmovedora creación, anima por tan hermosas figuras vivas, es obra de un joven de 29 años.

La selección y la riqueza del espíritu de Gil resalta a cada momento en esta armoniosa síntesis, construida con elementos tomados de la naturaleza y de la historia y elementos dados por la fantasía y que ora por la descripción del paisaje, puebla de ecos interiores nuestros sentidos del olfato, el oído y la vista, ora por la restitución viva del antiguo castillo de Cornatel y de la figura del Comendador, despierta y hace pasar por nuestra mente la maicía heroica de los Caballeros del Temple, llevando con gloria sobre su manto blanco la cruz roja con dos traviesas por todos los campos de batalla de Oriente, y cayendo por último víctima de la codicia de Felipe el Hermoso y de la cobardía de Clemente V, ora nos acerca a la figura caballeresca de don Alvaro, ora en fin nos llena el alma con la amable dolorida belleza de doña Beatriz que flota sobre todo el libro y le presta su blanda luz espiritual.

*Logre llegar esta obra a las manos de todos los argentinos que saben sentir hondamente.

Carlos MELO



FONDA "LA CELESTA,"

Eulogio Morán

HORTALIZAS, 24 - G I J Ó N

En esta acreditada casa encontrará el viajero toda clase de comodidades a precios económicos — Servicio esmerado con descuento a los viajeros — Cuarto de baño — Vistas al muelle —

Zorita Hermanos

ALMACÉN DE MADERAS

Plaza de S. Marcos

Miguel Pérez

Talleres mecánicos

Calle de la Independencia
Esquina al Burgo Nuevo

L E O N

Gran Café Iberia

PALOMA, 11 Y 13

Sesiones de variedades tarde y noche

Meriendas, bocadillos y

toda clase de refrescos

FABRICA DE CHOCOLATES Y DULCES

VIUDA DE CASIMIRO DIEZ

Fábrica: Avenida del P. Isla

Despachos: Fernando Merino, 19 y Pozo, 17

LEON

CASA PRIETO

ULTIMAS NOVEDADES

en Camisería, Paragüería, Artículos para viaje, Bolsillos, Carteras, Guantes, Tirantes, Ligas, Bisutería y Artículos para regalo — Abrigos Gabardinas — Impermeables

Plaza de S. Marcelo, 7. — LEON

TALLER DE MAQUINARIA
DE

MELCHOR MARTINEZ

Padre Isla, núm. 30 LEON

Planos, Proyectos y Presupuestos
Instalaciones completas de centrales para alumbrado eléctrico, Fábricas de harinas y Molinos harineros movidos a vapor, gas y electricidad, Rodeznos y Turbinas Piedras francasas de la Ferté, Dordogne y del país, Sierras circulares para madera, Norrias y Bombas para riego, Miradores Balcones, Enverjados, Balastrados y todo lo concerniente a las artes e industrias

Miguel del Rio

Almacén de Maderas
y Serrería mecánica

Renueva, 4
LEON

VINOS FINOS LEONESES

BODEGAS

Manuel Lorenzo

Cosechero

GRAJAL DE CAMPOS (León)

Depósito en León:

- Padre Isla, 2 -

RIOJANO -

LIPE MUÑOZ

fundada en el año 1800

- LEON -

fábrica de Chocolates

Elaborados con los mejores
cacaos, recibidos directa-
mente del punto de origen
Zapatería, núm. 12

Farmacia y Droguería

FELIX BARTHE

Platerías, 7

Pectoralina BARTHE Cura la tos
Tónico BARTHE Reconstituyente
Sellos BARTHE Antineurálgicos
Licor BARTHE Dentífrico

Especialidades nacionales y extranjeras

Hipocarel: Líquido Dakin Carrel
Perfumería - Cirugía - Ortopedia

Juan Gordón Alcorta

ÓPTICO Y RELOJERO

Gumersindo de Azcárate, 11 LEON

PARAGÜERIA

M. Benítez

Novedades en bisutería, artículos pa-
ra regalos, camisería y guantes

Fernando Merino, 23 LEON

Gran Café Victoria

Salón confortable e higiénico con ca-
lificación y ventiladores aspiradores

Especialidad en chocolates

Billares en el piso principal

Enrique

- Salgado Benavides -

OCULISTA

Horas de consulta: de 10 a 1 y de 4 a 6

Avenida del P. Isla, núm. 4

- LEON -

152
LIBRERÍA
LA
TRASTIENDA

C/ Mariano D. Berrueta, 11 - LEÓN
Tfno.: 987 215 285
C/ Ruiz de Salazar, 16 - LEÓN
Tfno.: 987 876 222
www.latrastiendaibros.com
latrastienda@latrastienda.info

Sociedad Anónima

Hulleras de Arbas

MINAS DE ANTRACITA EN BUSDONGO, ARBAS Y LA ESPINA

MINAS DE CARBON GRASO EN CABOALLES

Oficinas en LEON, PONFERRADA Y BILBAO

SUCURSAL EN LONDRES

Direcciones: Telégrafo y Teléfono - HULLERARBAS

Domicilio Social y Oficina Central: AVENIDA DEL PADRE ISLA, 2

LEON

Almacén de Tejidos

Viuda e Hijos de Mariano Andrés

LEON

ALMACENES "EL REINO DE LEON,"

VICTORINO VIZOSO

Novedades para señora — Sedas — Lanas — Alfombras — Tapicería

Cortinajes — Tejidos en general

S A S T R E R I A

VENTA DE PAÑOS POR MAYOR Y MENOR

¡AGRICULTORES!

ABONAD CON NITRATO DE CHILE TODOS VUESTROS CULTIVOS
SI QUERÉIS AUMENTAR EN NOTABLE
PROPORCIÓN VUESTRAS COSECHAS

SE VENDE EN TODAS LAS CASAS IMPORTANTES DE ABONOS

**Pedid folletos
e instrucciones
para su aplica-
ción como fer-
tilizante al ::**

**COMITE DEL NITRATO
DE CHILE
BARQUILLO, 21
MADRID**



**...para resolver
V. su problema?**

Por su baratura el
CITROEN
Por su resistencia el
CITROEN

Por economía el
CITROEN
Por poco consumo el
CITROEN
Para conducirlo V. el
CITROEN

VISITE V. LA EXPOSICIÓN DEL
GARAGE BLANCO

Sucursal de León: A. P. Isla, núm. 2.—LEON

Piezas de recambio - Accesorios en general - Niquelados
- Talleres para reparaciones - Aceites y gasolina

IMPRENTA MODERNA LEON